

EL COJO ILUSTRADO

AÑO II

1º DE DICIEMBRE DE 1893

Nº 47

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

SUMARIO

TEXTO.—El trabajo y el descanso, y Los trabajos de la vida, por John Lubbock.—A mi madre, por Frisco.—A . . . poesía, de Eduardo de la Barra.—Nota del señor Director de la Biblioteca Nacional.—El ferrocarril portátil.—Madrileñas, por Miguel Eduardo Pardo.—Las estampillas de correo.—Para el cielo, novela original por Blanca y Margot.—En la calle poesía por Ismael Henrique Arciniegas.—De Caracas a La Guaira, por Nicanor Bolet Peraza.—NUESTROS GRABADOS.—Revista de la Quin-

cena, por Eugenio Méndez y Mendona.—El pescador de Islandia.

GRABADOS.—Recuerdos, estudio al lápiz por Mathias Schmid.

—Vista parcial del puerto de Carúpano, [Venezuela], de fotografía.

—Calle Sur 2 en 1880, de fotografía.—Santas Justa y Ruínas, cuadro de Domingo Fernández y González.—Ruínas del Socorro, de fotografía.—Los hornos de ladrillo en el Empedrado y calle de la Marina, Maracaibo, [Venezuela], de fotografías.

—Calle del

Comercio, Puerto Cabello, [Venezuela], de fotografía.—Iglesia de la Trinidad, París.—San Luis del departamento Petit y Calle del Comercio, Puerto Cabello, de fotografías.—Plaza Félix de Restrepo, Medellín, [Colombia], de fotografía.—Columna de la Libertad, Maracaibo, [Venezuela], de fotografía.—Fiesta a Santa Cecilia en Santa Rosaña, [Caracas], de fotografía.—Salas de beneficiar reses en el Matadero de Caracas, de fotografía.—MUSICA: Romanza, por la Sra. Isabel Puchano de Maury.—Anuncios.



RECUERDOS. — Estudio al lápiz por Mathias Schmid

EL TRABAJO Y EL DESCANSO

POR JOHN LUBBOK

Por el trabajo al descanso, por el combate a la victoria.

[TOMÁS DE KEMPIS].

Entre los trabajos de la vida, naturalmente, no cuento la necesidad de trabajar.

El trabajo, y hasta un trabajo encarnizado, es un manantial de dicha, cuando se usa de él con moderación. Todos sabemos cuán pronto pasa el tiempo cuando se está muy ocupado; por el contrario, las horas pesan en las manos del perezoso. Las ocupaciones ahuyentan los cuidados y los pequeños sinsabores de la vida. El hombre ocupado no tiene tiempo de soñar y agitarse.

«Gracias al trabajo, obtenemos el reposo del espíritu. Los días ocupados nos dan noches apacibles. Ricos, precisamente porque no poseemos riquezas, tenemos los más preciosos dones del cielo, la paz y la salud.» (Gray).

Esto se aplica en especial a los trabajos del campo y del taller, trabajos humildes, es cierto, pero que, si no hacen relucir a nuestros ojos la esperanza de la celebridad, nos dan por lo menos la satisfacción del deber cumplido y la salud, ese inestimable beneficio. Emerson dice de los que entran en la vida: «Los ángeles que le acompañan y trenzan los laureles de la vida para sus juveniles frentes, son el trabajo, la verdad y la mutua confianza.»

El trabajo, decían los antiguos con mucha exactitud, es el precio que ponen los dioses a lo que merece la pena de ser poseído. Todos admitimos, aun cuando a menudo lo olvidamos, el maravilloso poder de la perseverancia; y en la naturaleza, hasta la araña de Bruce, todo graba de continuo esta lección en nuestros corazones.

A fuerza de trabajar el estilo, es como se llega a hacerlo de fácil lectura. Pretendese que Platón rehizo trece veces la primera página de la *República*, y Carlos Maratli bosquejó trescientas veces la cabeza de *Antinó* antes de lograr darle la forma que el soñaba. Vale más desgastarse que enmohecerse; y «hay un polvo que empaña el corazón, lo mismo que el polvo que se deposita sobre los muebles.» (Jefferies).

Hoy, a pesar de las dificultades especiales que pesan sobre ellos, los trabajadores gozan de varias ventajas desconocidas en tiempos pretéritos. Vivimos con una seguridad mucho más grande, y corremos mucho menos peligro de vernos arrebatados bruscamente el fruto de nuestra labor.

Aun cuando el trabajo es un bien para el hombre, por desgracia (y esto se ve muy a menudo), puede ser llevado hasta el exceso. Muchos se preguntan con enojo: «¡Ah! ¿Por qué mi vida no ha de ser más que trabajo?» (Tennyson).

«Hay un tiempo para todo, dice Salomón; un tiempo para trabajar y un tiempo para divertirse.» Trabajaremos mejor después de razonables distracciones, y el descanso es una de las recompensas del trabajo.

Se ha dicho con justicia: «Querer es poder.» Pero, el deseo no es todo; no exime del trabajo.

Sea la que fuere nuestra esfera de acción, debemos contar sobre todo con nosotros mismos. Otros pueden ayudarnos, pero debemos formarnos a nosotros mismos, y nadie puede juzgar por nosotros. Para sacar provecho de nuestras ventajas, debemos aprender a servirnos «de la linterna sorda del espíritu, con la cual nadie puede ver, sino el que la lleva.»

Casi cabe afirmarse sin exageración que un trabajo comienzando nunca es inútil, porque, si no encontramos el esperado tesoro, por lo menos haremos fructificar la viña.

«Trabaja, dice la naturaleza al hombre, a todas las horas del día, seas o no pagado; no te preocupes más que de trabajar, y no podrás menos de obtener tu recompensa. Ya sea un trabajo elevado ó grosero, el cultivo de los cereales ó la composición de un poema épico, si está hecho honradamente y a toda conciencia, te verás por ello recompensado, tanto en lo físico como en lo moral; poco importa que seas vencido con frecuencia, nacistes para la victoria. La recompensa de un trabajo bien hecho, es el convencimiento de haberlo hecho.» (Emerson).

El trabajo más perseverante, el buen éxito más grande, no pueden agotar los tesoros que la vida les reserva.

El hombre más estudioso, el más feliz, debe reconocer que aún queda «tanto por hacer que no está comenzado, tanto por esperar que no podemos ver, tanto que ganar, tanto que descubrir!» (Lewis Morris).

Antaño eran mucho más difíciles que ahora los estudios. Los libros, caros y voluminosísimos, estaban casi siempre sujetos con cadenas a los atriles donde se conservaban. Muchos de los más grandes eruditos fueron muy pobres. Erasmo tenía

la costumbre de leer a la luz de la luna, porque no podía costearse una vela de sebo; y «mendigaba, no en nombre de la caridad, sino por amor a la ciencia.» (Coleridge).

La falta de tiempo no excusa la pereza. «Nuestra vida, dice Jeremías Taylor, es demasiado corta para servir a la ambición de un príncipe altanero ó de un rebelde usurpador. Tenemos poquísimos tiempo para adquirir una gran riqueza, para satisfacer el orgullo de un imbécil vanidoso, para hollar con nuestros pies a todos los enemigos de nuestros verdaderos ó falsos intereses. Mas para llegar a la virtud, para volvernos sobrios y modestos, para cumplir nuestros deberes religiosos, Dios nos da todo el tiempo necesario, si hacemos entrar nuestros gastos de la mañana y de la tarde, es decir nuestra infancia y nuestra vejez, en las cuentas de la edad madura.»

Tanto es el trabajo una necesidad de la existencia, que se discute el cómo se debe trabajar, más bien que si se debe trabajar. Un antiguo refrán pretende que el diablo encuentra obra para los que no la buscan por sí mismos; y un proverbio turco dice que el diablo tienta al trabajador, pero que el perezoso tienta al diablo.

Si nosotros los ingleses hemos prosperado como nación, es en gran parte porque somos incansables trabajadores. Aún más; hemos obligado a las fuerzas de la naturaleza a trabajar para nosotros. «El vapor, dice Emerson, es casi un inglés.»

Nuestros hombres más distinguidos hácese notar sobre todo por su poder para trabajar. Cecil decía de sir Walter Raleigh «que tenía un tremendo poder de trabajo.»

En general, estamos orgullosos de pertenecer al imperio más grande que jamás ha visto el mundo. Puede decirse de nosotros en particular, con Wordsworth, que «somos con exceso los señores del mundo; pronto ó tarde, á fuerza de adquirir y gastar, perderemos nuestras fuerzas»

Si. Pero, ¿qué mundo? El mundo será ciertamente nuestro, querámoslo ó no. Pero, ¿qué será ese mundo para nosotros? Eso depende más que nada de nosotros mismos. ¿No se nos enseña á rezar «no que se nos retire del mundo» sino que «se nos libre del mal.»

Hay varias maneras de trabajar. La prontitud, puede ser buena, pero la premura nada vale.

«Como una estrella, sin premura, sin descanso, que cada cual realice su propia tarea.» (Goethe).

En fin, el trabajo, lleva consigo su inestimable recompensa: el descanso. Debemos descansar para ser capaces de trabajar bien; debemos trabajar para poder gozar del reposo.

«Es preciso guardarse de que nuestro reposo no se asemeje á la inmovilidad de las piedras. Mientras son arrolladas por las aguas del torrente ó heridas por el rayo, conservan su majestad; pero cuando la corriente de agua se ha sosegado y la tormenta se ha deshecho, permiten que la hierba las cubra y el liquen se agarre á ellas, y bien pronto quedan sepultadas bajo el limo.... El glorioso descanso es el del gamo tumbado, jadeante, sobre su lecho de granito, y no el del buey en el establo, rumiando su forraje.» (Ruskin).

Cuando hemos trabajado lo mejor que se puede, debemos aguardar sin inquietud el resultado.

«Al hombre que ha comprendido claramente estas cosas, nada le impide aceptarlas con ánimo satisfecho y someterse sin pena al yugo, esperando tranquilo los acontecimientos y aceptando los hechos consumados. ¿Deseáis que soporte yo la pobreza? Venid, y sabréis lo que es para quien sabe representar bien el papel de hombre pobre. ¿Queréis que me ponga á la cabeza del poder? Dadme con el poder todos los cuidados que son su secuela. ¿Queréis que me destierren? Por todas partes donde vaya, estaré á la altura de mi destino.» (Epicteto).

«Nos quejamos, dice Ruskin, de que nos faltan muchas cosas: nos faltan electores, nos falta libertad, nos faltan diversiones, nos falta dinero. ¿Quién de nosotros sabe y comprende que le hace falta paz?»

«Hay dos medios de obtenerla, si la necesitamos; el primero está enteramente á nuestro alcance, y consiste en llenar nuestro espíritu de ideas agradables.... Si no lo aprendimos desde la infancia, no sabemos qué mágicos palacios de altos pensamientos podemos oponer á los ataques de la adversidad, brillantes fantasías, gratos recuerdos, bellas narraciones, dichos verídicos, tesoros de ideas preciosas y calmantes que los afanes no pueden perturbar, que el dolor no puede ensombrecer y que la pobreza no puede arrebatarnos.... palacios que ninguna mano edificó y que sirven de morada á nuestras almas.»

Los budhistas creen varias especies de castigos en la vida futura; mas, para ellos, la más alta recompensa de la virtud es el Nirvana, el descanso final y eterno.

Es muy conmovedor el leer grabada en el sarcófago de Eschmunazar, en Sidón, esta plegaria, donde pide que se deje en paz á sus cenizas:

«En el mes de Bul, el décimo cuarto de mi rei-

nado, yo el rey Eschmunazar, rey de los sidonios, hijo del rey de Tabnith, rey de los sidonios, hablé diciéndo: He sido arrebatado antes de mi tiempo, un hijo del río de los días. El gran pasado es mudo, el hijo de los dioses ha muerto. Y descanso en esta fosa, dentro de esta tumba, en la ciudad que edificué. Conjuro á todos los poderes de la tierra y á todos los hombres, que no abran este lugar de reposo, que no busquen tesoros en él, pues no tenemos ningún tesoro con nosotros; no dejéis llevarse mi lecho de descanso, ni revolver mi sitio de refugio, ni turbar el sueño de mi cama.... Los que quisieren abrir la tumba de mi reposo, los que quiten la cama de mi reposo ó vinieren á turbar mi sueño, no encontrarán descanso alguno cuando estén con los muertos, no serán sepultados en una tumba y no tendrán hijo ni vástago, no tendrán raíces abajo ni frutos arriba, ni honores entre los vivientes bajo el sol.»

El perezoso no sabe lo que es disfrutar el descanso. Además, un trabajo encarnizado, no sólo nos da derecho al descanso, sino, lo que es aún más importante, tranquilidad de espíritu. Si hemos trabajado lo más posible y vivido como se debe, podremos descansar en paz:

Nella sua voluntate e nostra pace.

(DANTE).

«Su voluntad es nuestra paz» y en esta paz encuentra el espíritu sus mayores goces; porque «cuando duermen los cuidados, vela el alma.»

Naturalmente, en la juventud entusiasman, arrebatadas las ideas de ejercicio, de lucha; pero á medida que avanzan los años, ganan poco á poco terreno la esperanza y la perspectiva de la paz.

«Y cuando las postrimeras auroras hayan palidecido, cuando haya pasado el tiempo de los trabajos y de los placeres de la vida, los que trabajan y no los que se divierten son quienes conocerán la dulzura del reposo.» (Symonds).

LOS TRABAJOS DE LA VIDA

Considera cada afición, ligera ó profunda, como un mensajero que Dios te envía.... El pesar debiera ser, cual el regocijo, digno, reservado, tranquilo; debería fortalecer, purificar, elevar, redimir. Poderoso para anegar los pequeños sinsabores, debe hacer nacer grandes pensamientos, ideas serias, ideas que perduren hasta el fin.

[AUBREY DE VERRÉ].

Tenemos en la vida hartos trabajos, y de todo género. Algunos sinsabores ¡ay! son demasiado reales, sobre todo aquellos de que nosotros mismos somos causa; pero otros, los más numerosos quizá, no son más que fantasmas del pesar. Cuando los miramos de frente, descubrimos que no tienen sustancia ni realidad, y no son más que creaciones de nuestra imaginación enfermiza. Puede hoy decirse con tanta verdad como en tiempos de David: «El hombre se agita en una sombra vana.»

Algunos de nuestros trabajos es cierto que son desdichas, pero no tienen realidad; al paso que otros son reales, pero no desdichas.

«En qué abismo insondable se precipita el espíritu humano cuando se deja agitar por los sinsabores de este mundo!» Si olvidas tu propia luz, que es la alegría eterna, y se arroja, como lo hace el hombre de hoy, en las tinieblas exteriores que son los cuidados de este mundo, no sabe más que lamentarse. (1)

«Es grato habitar en Atenas, dice Epicteto; pero aún vale más ser feliz, manumitido de las pasiones, libre de toda inquietud.»

Debemos esforzarnos por mantenernos «en esa bienaventurada disposición de espíritu que aligera la carga de lo desconocido, y el peso abrumador y fatigoso de este mundo incomprensible.» (Wordsworth).

Así, no tememos «ni el destierro de Aristides, ni la prisión de Anaxágora, ni la pobreza de Sócrates, ni la condena de Foción, sino que miramos la virtud como digna de nuestro amor, aún á precio de tales pruebas.» (Plutarco).

Entonces seríamos casi independientes de las circunstancias exteriores, porque «no son los muros de piedras, ni los barrotes de hierro, ni el calabozo, los que constituyen la prisión: las almas inocentes y serenas hacen de ésta un eremitorio. Si soy libre de amar á quien quiera yo, y si mi alma es libre, sólo los ángeles que se ciernen sobre nosotros gozan de una libertad comparable á la mía.» (Lovelace).

Shakespeare nos dice con sumo acierto: «En todos los sitios que el sol ilumina, el sabio halla un puerto y un feliz asilo.»

La ventura depende más de lo que hay en nosotros que de lo exterior á nosotros. Hamlet dice

[1] El rey Alfredo. Traducción de las *Consolaciones*. de Boecio.



Vista parcial del Puerto de Carúpano (Venezuela) con la Aduana y el Muelle

que "el mundo es una bellísima cárcel donde hay cuartos de detenidos, cuartos de guardia y calabozos, siendo Dinamarca el más horrible de todos." Y como Rosencrantz no es de su mismo parecer, responde cuerdamente: "¡Bueno! Quizá para tí no. Nada es del todo bueno, ni del todo malo, sino en nuestra imaginación: para mí, Dinamarca es un presidio."

"Todo depende de la manera como se juzguen las cosas, dice Marco Aurelio. ¿Cómo lo que echa á perder á un hombre puede echar á perder la vida? Pues, en verdad, la muerte y la vida, el honor y el deshonor, el sufrimiento y el placer, son á la vez patrimonio de los buenos y de los malos; porque estas son cosas que no nos hacen mejores ni peores."

"Nuestros más grandes males proceden de nosotros mismos, dice Jeremías Taylor; y también en nosotros debemos buscar nuestro mayor bien."

"El alma, dice Milton, depende de sí misma, y tiene el poder de convertir el infierno en cielo y el cielo en infierno."

En verdad, Milton con su ceguera tenía más hermosas visiones, y Beethoven con su sordera oía más acordes celestes, que nosotros pudiéramos soñar.

Cuando no sabemos lo que puede ocurrir, estamos dispuestos á temer lo peor: pero, cuando conocemos toda la extensión de un peligro, ya no existe, por decirlo así. Por eso tememos más á los fantasmas que á los ladrones, no sólo sin razón, sino contra toda razón; pues aun cuando existiesen los fantasmas, ¿cómo podrían hacer mal? En sus historias de fantasmas, los mismos que dicen haberlos visto, rara vez pretenden haberlos tocado.

Milton, en su descripción de la muerte, la envuelve voluntariamente en este carácter de obscuridad:

"La otra forma, si puede llamarse forma á lo que no tenía ninguna forma distinta, ni en sus miembros, ni en sus coyunturas, ni en sus articulaciones; la otra sustancia, si puede llamarse así á lo que tenía el aspecto de una sombra; la muer-

te, era obscura como la noche, feroz como diez furias, terrible como el infierno, y blandía un horrible dardo. Lo que parecía ser su cabeza, llevaba la apariencia de una corona real."

Los terrores que engendran la muerte y las tinieblas están admirablemente expresados en uno de los más sublimes pasajes de *Job*: "Las visiones de la noche agitaban mis pensamientos, á la hora en que el profundo sueño baja á los hombres; apoderóse de mí el espanto, con un temblor que sacudió todos mis huesos. Un espíritu pasó por delante de mi cara, y rozándome la carne, mis cabellos se erizaron: una figura permanecía inmóvil delante de mí, pero yo no podía entrever su forma. Todo estaba en silencio, y oí una voz que decía: ¿Es el hombre mortal más justo que Dios?"

Así es como el terror se transforma en una lección de consuelo y de misericordia.

A menudo exageramos nuestros trabajos y dificultades, y los miramos como mucho más importantes de lo que son en realidad.

Los peligros son muchas veces "sin importancia, cuando una vez nos han parecido poco importantes; y los hombres más á menudo han sido derrotados que vencidos por los peligros. Aún más; mucho mejor sería ir á medio camino al encuentro de ciertos riesgos, hasta cuando desaparecen al acercarnos á ellos, que velar largo tiempo esperándonos. Porque si la vigilia es demasiado larga, se corre el peligro de dormirse." (Bacón).

Es cuerdo ser previsor, pero absurdo entristecerse de antemano; y los castillos en el aire valen más que los calabozos imaginarios.

Por desgracia, es demasiado frecuente que un paso en falso, voluntario ó no, nos haga perder el camino derecho y nos extravíe. ¿Podemos entonces volver pies atrás? ¿Podemos encontrar lo que perdimos? Sí, es posible esto. Es demasiado triste afirmar que "un suspiro más, un beso demasiado tierno, vélanse los ojos, corren las lágrimas, y la vida ha cambiado para siempre." (Jorge Macdonald).

Hé aquí dos hermosas máximas de Sócrates:

"Más vale ser víctima del mal que cometerlo."
"Cuando un hombre se ha conducido mal, es más ventajoso para él ser castigado que quedar impune."

En general, consideramos el egoísmo como un defecto y un peligro para la felicidad del género humano. Esto no es enteramente exacto. Por desgracia, muchas personas son estúpidamente egoístas, y persiguen un objetivo que no puede satisfacer á ellas mismas ni á los que las rodean.

No soy de un todo del parecer de Goethe, pero en parte tiene razón cuando dice que "cada hombre debe empezar por él mismo, debe ocuparse ante todo de su propia felicidad, que contribuirá más tarde á la felicidad del mundo entero." Esta afirmación es demasiado absoluta, y sin duda pueden hacerse objeciones; pero, de seguro, si cada cual quisiese evitar los excesos y cuidar de su salud, conservar su fuerza y su buen humor, haría venturosa á su familia, y no sería causa de esas pequeñas contrariedades que emponzoñan la vida doméstica. Se ocuparía de sus propios asuntos, sería sobrio, y pagaría sus deudas; en una palabra, según el proverbio chino: "Barrería la nieve delante de su puerta, y no prestaría atención á la helada de las tejas de la casa vecina." Si este concepto de la vida no es el más noble, es por lo menos muy ventajoso para la familia, los parientes y los amigos. Pero, por desgracia, "recorred con la vista el mundo habitado, y ved cuán pocas personas conocen su propio bien, y, conociéndolo, tratan de conseguirlo." (Dryden).

Bueno sería hacer comprender á los hombres que no pueden aumentar en nada su dicha haciéndolo daño. Cuando se trata de niños, lo reconocemos así: vemos que un niño mimado no es feliz; que valiera mucho más que le hubieran castigado en seguida y librado así de mayores sufrimientos en lo venidero.

La hermosa idea de que cada hombre lleva junto á sí un ángel de la guarda es verdadera: porque la conciencia vela sin cesar, siempre dispuesta á advertirnos el peligro.

Sin duda nos sentimos á menudo dispuestos á quejarnos; pero, esto es una negra ingratitud. "Porque, ¿quién de nosotros, á pesar de sus sufrimientos, querría renunciar á esta vida intelectual, á estos pensamientos que vagan á través de la eternidad, para perecer tragado y perdido en el vasto seno del pensamiento increado?" (Milton).

Pero, tal vez se dirá: nuestra vida acá abajo no es más que una preparación para otra existencia en un mundo mejor. Pues bien; entonces, ¿por qué nos quejamos de lo que sólo es una vía hacia una felicidad futura?

"Considera cada aflicción, ligera ó profunda, como un mensajero que Dios te envía. Recíbele con agrado, levántate y saludale. Antes de que su sombra haya traspuesto tus umbrales, implora permiso para lavarle sus pies divinos; luego, preséntale todo lo que tienes; no permitas que una nube de cólera nuble tu frente ó turbe tu hospitalidad, ni que las olas de las pasiones humanas alteren la serenidad marmórea de tu alma. El pesar debiera ser, cual el regocijo, digno, reservado, tranquilo; debiera fortalecer, purificar, elevar, redimir. Poderoso para anonadar los pequeños sinsabores, debe hacer nacer grandes pensamientos, ideas serias, ideas que perduren hasta el fin." (Aubrey de Vere.)

Ciertas personas son como las aguas de Bethesda, y necesitan estar enturbiadas para ejercer toda su virtud.

"Sacamos más placer de todas las bendiciones de que somos objeto, dice Plutarco, si las suponemos ausentes y pensamos de vez en cuando en los individuos enfermos que suspiran por la salud, en los pueblos en guerra que suspiran por la paz, en los extranjeros y en los desconocidos, que en una gran ciudad desean ardientemente ser conocidos y encontrar amigos. Entonces no aguardaremos á haber perdido cada una de esas bendiciones para sentir y apreciar su valor. Y, sin embargo, es beneficioso para nosotros mirar sobre todo nuestro hogar y nuestra propia condición; ó, si nos comparamos con otros, considerar las gentes que son más pobres que nosotros, y no, como se hace siempre, compararnos con los mejor acomodados. . . . Encontraréis habitantes de Kios, gálatas, bithinios, descontentos de la parte de gloria ó de poder que disfrutaban entre sus conciudadanos, y desconsolándose porque no llevan calzado de senadores; si llegan á senadores, lloran porque no son pretores en Roma; si obtienen este cargo, porque no son cónsules, y si lo son, porque les han nombrado en segundo lugar. . . . Cada vez que veáis pasar á alguien en litera, no os preocupéis por la idea de que es un personaje más grande que vosotros; bajad los ojos, y mirad á los portadores de la litera." Más adelante, dice: "Me choca muchísimo la observación de Diógenes á un extranjero que se vestía con suma elegancia para ir á una fiesta: Un hombre cuerdo, ¿no considera todos los días de la vida como una fiesta? Sabiendo que la vida es la más completa iniciación en todas las cosas, debiéramos sentirnos siempre tranquilos y alegres. La vida, comprendiéndola como se debe, nos hace capaces de aceptar lo presente sin quejas, de acordarnos de lo pasado con gratitud, y de esperar lo venidero con regocijo y confianza, sin temor y esperanzados."

Un amigo, suscriptor de EL COJO ILUSTRADO, nos exige la publicación del siguiente soneto:

Á MI MADRE

Nunca te conocí! Al cruel acaso
Debí en la cuna la desgracia mía,
Y en la orfandad más triste, ávida y fría,
Creciendo fui con inseguro paso.

Nunca tu beso en maternal abrazo
Sentí sobre mi frente, madre mía!
Nunca me ví dichoso que dormía
Sonriéndome feliz en tu regazo!

Nunca en tu seno, al amoroso abrigo,
Deposité mi lágrima doliente;
Nunca pude besar tu faz riente

Mi dicha y gozo al saborear conmigo:
Mas, siempre en mi memoria estás presente
Y te amo, te adoro, te bendigo.

FRISCO.



CALLE SUR 2 (EN 1880.) — De las Monjas á San Francisco — Caracas

A

I

Yo era una niña pobre, pero honesta,
y, llena de ilusiones y de afanes,
iba de fiesta en fiesta,
sin llamar la atención de los galanes.

Era joven, sencilla, ruborosa,
no fea, y educada;
mas nadie me atendía,
y aun hubo baile en que pasé sentada.

¡Oh, triste suerte mía!
Esperando, esperando,
el tiempo iba pasando,
y yo más triste y mustia cada día!

Al fin di en el secreto;
eché al diablo el pudor, perdí el respeto,
me volví una atrevida,
me volví una coqueta, una zafada. . . .
y he sido desde entonces atendida,
y he sido desde entonces celebrada.

II

Yo era un joven de bien, pundonoroso,
que amaba la verdad y la justicia,
en el estudio hallaba mi reposo,
y en hacer bien hallaba mi delicia.
Graduéme al fin de médico, y en vela
pasé en vano esperando la clientela.

¡Oh, triste suerte mía!
¡Esperando, esperando,
el tiempo iba pasando,
y yo de hambre y de pena me moría!

Y por más que esperaba
nadie á mí se confiaba.
nadie hasta mí venía. ¡Oh pena fuerte!
siempre esquivaba me fué la buena suerte!

Mas llegó á tal mi aprieto,
que á buscarla salí, y hallé el secreto:
Me volví un Dulcamara,
cerré libros é inútiles gacetas,
cambié por panaceas mis recetas,
toqué á mi puerta el bombo, y tuve cara
para llenar de curas prodigiosas
estupendos avisos. . . .
y los clientes llenaron mis gavetas,
y tuve coche y casa de tres pisos.

¡Yo era probo y vivía despreciado,
yo era sabio y pasé por ignorante,
mas cuando fui un farsante,
me sentí confortado,
enriquecido y como un rey tratado!

III

¡Oh ciega sociedad, y así, así quieres
formar santas mujeres
y varones virtuosos y de ciencia!
Si con tales ejemplos
tú sofocas la luz de la conciencia,
¿de qué sirven tus leyes y tus templos?

EDUARDO DE LA BARRA.

Hemos recibido del señor Director de la Biblioteca Nacional, la siguiente nota que tenemos el gusto de publicar:

Biblioteca Nacional.—Avenida Norte, N.º 37.—
Caracas: 23 de noviembre de 1893.

Señor:

Es costumbre y una necesidad civilizadora, en todo país culto, la concurrencia de personas de ambos sexos á las bibliotecas públicas, y habiendo manifestado algunas señoras el deseo de concurrir á la "Biblioteca Nacional," como foco de instrucción á la vez que de útil recreo, he preparado dos salones destinados exclusivamente á las damas, los cuales han sido visitados ya por algunas respetables matronas, y suplico á usted se digne anunciarlo así en su ilustrado periódico. Aprovecho la oportunidad, para suscribirme de usted,

atto. s. s.,

Adolfo Frydensberg.

EL FERROCARRIL PORTÁTIL

Llamamos la atención de nuestros suscriptores, al anuncio que hoy publicamos de la Fábrica de ferrocarriles portátiles y fijos del señor Arthur Koppel, de Berlín, que tiene sucursal en Caracas, bajo la dirección del señor Otto Nathanson.

Son agentes en Venezuela el señor Alfredo Jahn, ingeniero bien conocido de nuestros agricultores, y los señores Beckman y Andresen, en Maracaibo.

Muchas son las ventajas que reportan estos ferrocarriles portátiles, especialmente en las haciendas de caña.

Los que deseen obtener informes, pueden dirigirse á la oficina de la sucursal, que está situada de Traposos al Chorro, número 14.



SANTAS JUSTA Y RUFINA. — Cuadro de Domingo Fernández y González

MADRILEÑAS

La exposición del Círculo de Bellas Artes acaba de cerrarse, no sin haber dado lugar á discusiones que por la traza parecían interminables.

Fué como una lucha entre maestros y discípulos.

Los viejos decían, que si los lienzos de la juventud iban en pos de la victoria ostentando asuntos nuevos, también saltaba á la vista la inexperiencia de los que, por vez primera, iban á disputarles la gloria. La juventud alegó que, no obstante sus vacilaciones artísticas, los maestros le abandonaban el campo porque todas las escuelas antiguas están hoy relegadas y sólo priva el modernismo con sus audacias.

Después de esto cualquiera se explica el fracaso.

De la profusión de pinturas expuestas, apenas si puede señalarse media docena de cuadros que, tampoco resisten á la crítica severa.

Ahí está el de Madrazo: *Travesuras de la modelo*: los descuidos son imperdonables en quien como él goza de fama artística asombrosa:

Representa una bellísima mujer, aprovechando la ausencia del pintor para trazar en el lienzo, apenas embadurnado, un grotesco muñeco: esto resulta bastante original; pero la ejecución es pobre y el dibujo algo inseguro en aquella cabeza de mujer, que se me antoja reñida con el busto harto opulento.

Más correcto, más real, si cabe, resulta el mismo, ó parecido asunto desarrollado por Plá:

"La modelo" sencillamente reclinada en el sofá, se apoya en el almohadón de seda y finje conversar con el pintor. Figúrasele á uno oír el diálogo que sostienen aquellos dos seres perfectamente naturales. Es una pintura elegantísima, limpia, brillante, en que, aparte la calidad de colores, apropiados todos, se ve la interpretación fiel, á conciencia, sin reflejos de cursilerías insustanciales, sin detalles fastuosos y sin cargamentos de minuciosidades. Hay un salón sencillo, claro, abierto; la mujer no lleva cintajos ni faroles: un sombrerito de verano y una sombrilla de encajes blancos, como el traje. Nada más.

La figura del hombre, del pintor, es soberbia.

Para mí, el estudio de Plá es infinitamente superior al de Madrazo.

"La Campesina" de García Sampedro es, en mi sentir, la mejor pintura de la sala. ¡Qué golpes de pincel; qué efusión magistral aquella! En esa campesina, Sampedro se adueñó de la paleta y consumó de maestro. Aquel cielo aterciopelado y sereno, aquella azulada perspectiva del monte lejano, aquel reflejo de sol que muere, aquel montón de yerba palpitante, aquella actitud de la joven rosada, que espera con la resignación del árabe, en medio de la arena, «lo que está escrito»; aquella indefinible melancolía de mirar de ojos razgados; aquel silencio «que suena» en ese pedazo de naturaleza hermoso..... todo eso es verdad: tiene algo del *angelus*; algo de esa hora sublime en que la medrosa aventurera de nuestro ser, el alma, bate sus alas dolientes, buscando reposo á los desasosiegos de la vida.

De escuela diametralmente opuesta; pero de procedimientos expresivos hay una

página encantadora de costumbres españolas—que parece hecha por Goya—y que pregoná bien á las claras el talento de su autor el señor Sorolla.

Preséntase como en las vísperas de una fiesta procesional. Dos hermosas muchachas adornan, en la sacristía de una iglesia, las vestiduras ricas de la Virgen, mientras un monaguillo que viene corriendo atolondrado por la escalera del presbiterio, resbala, y cae enredándose en los ruedos del traje rojo: el farol que trae en la mano se hace añicos, y este es motivo para que las muchachas echen el trapo á reír y el cura se enfade y se desespere más de la cuenta.

Es una obra de primores artísticos muy bien detallados y muy bien distribuidos.

Pasan las pinturas catalogadas de trescientas; pero las únicas notables, á no dudar, son esas que he citado; porque una luminosa copia del Tajo de Gartner, y otra (copia también) de no sé qué cuadro militar, de Marcelino Unceta, no merecen descripciones.

De aquí que no anden muy contentos los madrileños, y con razón, de las «excelencias artísticas.» El certamen puede declararse poco menos que desierto.

Me voy convenciendo, día tras día, que Arturo Michelena vale mucho; mucho más de lo que en Venezuela se cree.

A mí me cupo la satisfacción de pregonarlo muy alto, en un periódico de Caracas cuando se exhibieron en el Senado sus trabajos. Y ahora que estoy en Europa, y en una ciudad donde existe el mejor Museo de Pinturas del mundo—que dicen los peritos—confirмо mis escritos sobre *Phentesillee, Carlota Corday, etc.* Todos notabilísimos, todos llenos de aliento y de energía: *El combate de amazonas* puede disputar el premio en los más exigentes concursos extranjeros.

**

Lo que vale el ingenio!

El poeta de cualquier cosa hace una lira; el artista de la menor majadería desentraña un poema musical.

Ahí está el maestro Chueca.

Con motivo de una cartera «celebérrima» que le extrajeron «los ratas» ha puesto en práctica el saladisimo autor de *La Gran Vía* una nueva obra del género chico: *Los Descamisados*.

A no dudar, es una zarzuela iluminada de sonoridades como todas las suyas, porque el maestro Chueca sabe sacar, como virtuoso verdadero, de las teclas del piano, esa música indefinible de las jotas, que tertulia alegremente con todo el mundo; música de caricias, de rumores chulescos, de coplas mágicas, de vihuelas virgilianas, de latidos de campana de cristal: la música de Chueca rebosa toda ella de luz, de risa y de colores.

Un ruidoso desorden artístico que no tiene antecedentes en España.

Lo dice el terceto de las cigarreras de *Madrid á Paris*; las estrepitosas lavanderas del *Chaleco Blanco*, y otra multitud de episodios musicales, divorciados con la disciplina y harto poco edificantes para los inquisidores wagnerianos; los intransigentes—que dice Chapí.

Estos señores toman las irreverencias de la música juguetona y bromista por el lado serio; y aseguran que las tales chuscadas son aplaudidas únicamente por los espíritus superficiales; que no tienen mérito alguno esas milagrosas melodías

del «género chico»; y, que, en una palabra, esta erudición callejera es un relajamiento del divino arte, porque no es el llanto, sino la risa, quien se anticipa á los labios para coronar su triufo impenitente..... esto es lo mismo que decir á los poetas:

—Caballeros: les está prohibido á ustedes cultivar el género festivo.

Y á los pintores, también:

—No tienen ustedes derecho á copiar cuadros de costumbres.

Y á todo lo que es arte y á todo lo que es ingenio y gracia y belleza y hermosura ponerle trincheras. Esto es lo que desean los enamorados de la música egregia.

Yo nada sé del prodigioso idioma que agazapan en sus cinco líneas negras los artistas; pero siento y gozo, admiro y aplaudo esa augusta poesía que puebla el aire de estrépitos gloriosos, ahora con sus ritmos de ondulaciones de alma, ahora con sus fosforescencias y con sus zig-zags de sonoras alegrías: Para Mascagni el extraño, para Verdi el opulento, para Gounod el insigne malogrado; para todos tiene puesto el corazón; pero también lo tiene para los risueños: Audrán, Arrieta, Valverde, pájaros que llenan de fiesta el hogar, y hacen desaparecer la neurosis y los decaimientos del espíritu.

“¡La risa es la sal de la vida!”

Por esto amo yo la música de Chueca: porque es para la vida el carmín de la aurora, el perfume de la flor, el ampo de la nieve.

Cuentan que Chueca era un mal estudiante de medicina; que andaba de ordinario distraído y con los libros de Terapéutica destrozados. Un día se cansó de las pruebas del anfiteatro, tiró el sappey al arroyo y la emprendió con los pianos de los cafés: de allí, de aquel ruido de palmas, de voces, de golpes de tazas y de choques de cucharas y de copas surgió á la vida del arte el hasta entonces aficionadísimo Chueca.

La Gran Vía fué su gran éxito: 140.000 duros de beneficios líquidos!..... Pero como los bolsillos de Chueca tienen dos bocas grandes, una por donde entran y otra por la que se van los torrentes de “peluconas,” quedó el Nabab de una noche, poco menos que un empleado al día siguiente de entrar en el lacrimoso cuerpo de cesantes. Esto no obstante, su rostro está siempre impasible: el rostro de Chueca, como habló alguna vez cierto periodista aragonés, “parece el producto de un beso que un cascabel dió á una guitarra,” es un burlón fornido, un amable burlón que con su figura de baturro y su lenguaje picaresco presenta el más original de los tipos.

El libreto de su zarzuela es producción del chispeante Lopez Silva, un poeta que maneja la “lengua gitana,” por modo tan primoroso, que al unir sus versos á las armonías de Chueca, va á resultar un trinado concierto de dos ruiseñores amantes.

¡Los Descamisados!

Con el título basta para saber lo que se traen Chueca y Lopez Silva.

Lo que rabián los clásicos!

**

El golpe de vista que presentaba el Teatro Real la noche de su apertura, no cabe describirse en cuatro líneas.

Una regia sala inmensa con sus altos y soberbios cinco pisos cargados de her-

mosuras; allá, lejos, en la línea que hacen horizonte rojo, de "peluche," las butacas, una robusta orquesta de más de cien profesores; luego la cortina escénica, semi-flotante, que se va recogiendo lentamente... y Reina de todo aquello una gentil figura de arrogancias supremas: Arcilea Darclée, ... la Valentina, que "más heroicamente" ha cantado *Los Hugonotes* en Madrid, según dijo la flor y nata del Paraíso.

El Paraíso del Teatro Real es el jurado: allí van los inteligentes, los buenos, los "virtuosos," las familias que frecuentan el Conservatorio, los más aventajados autores y los más concienzudos críticos, por no decir los más exigentes.

Cuando ese Paraíso *sisea*, el artista está perdido; y ese deslumbrante paraíso, ese juez inflexible de la Patti, de la Tezzini y de la Teodorini, llevó su entusiasmo hasta el arrebató; y en las últimas frases del dúo final, con el vigoroso tenor Marconi que hacía de Raúl, el público aquel prorumpió en un grito estentóreo, aclamador de la Darclée.

Sentimiento, gusto, delicadeza esquisita, sonoridad, corrección y aliento maravilloso ha ostentado, con lujo de detalles dramáticos esa soprano, que, si hoy triunfó debutando como *Reina* en *Los Hugonotes*, mañana surgirá nuevamente victoriosa en *Otello* con *Desdémona*. Ya sabe Madrid que hay una *Elvira* dulce para *Mutta*, una loca doliente para *Lucchu*, una trágica sublime para *Norma* y una desenfadada arrebatadora en *Manón Lescaut*...

¡5.000 pesetas por noche... Bicoca! Lo que es aquí no podrá exclamar el Conde de Michelena, como aquel empresario de ópera barata—el italiano macarrónico de *Il duo de la Africana*:

—“La tiple e la mía esposa, non la pago; la contralto e mía figlia... non la pago; il bazzo e mio tío, non lo pago; il tenoré no canta per la vilana moneda, por el metale vile; per la gloria canta!... non lo pago; el coro no son pariente mío, ma como canta molti malo... non lo pago!”...

Ahora falta oír á Stagno, el veterano, el viejo y famoso tenor que debutará con *Cavalleria Rusticana*.

Después de esto hay que decir la verdad, aunque duela: los venezolanos estarán en mantillas siempre, en materia de arte, mientras no desfilen por el escenario del Municipal los nombres y las famas de los grandes cantantes.

En Madrid se queda uno "tamañito" oyendo las discusiones artísticas en el Paraíso; y hasta asombra que toda aquella gente permanezca impasible durante la romanza famosa de la viola, que en *Gli Ugonotti*, canta Marconi. En cualquier otro Teatro de Europa hubiérase aplaudido al tenor; pero en Madrid, donde el juez, el soberano es indoblegable, hay que ser además de cantante, dramático, más claro: poseer todas las facultades del artista; voz, acción, todo: todo completo, absoluto.

Después que estos inteligentes oyeron al *angelo*, al inmortal Gayarre, ¿qué tenor podrá satisfacerles? ¿Qué tenor—á excepción de Stagno—se atreverá con el *spirito gentil*?

Sólo la Darclée es reconocida como *estrella*. ¡Lo que vale esta soprano ustedes pueden figurárselo, cuando ha sido "elegado" un cantante como Marconi!...

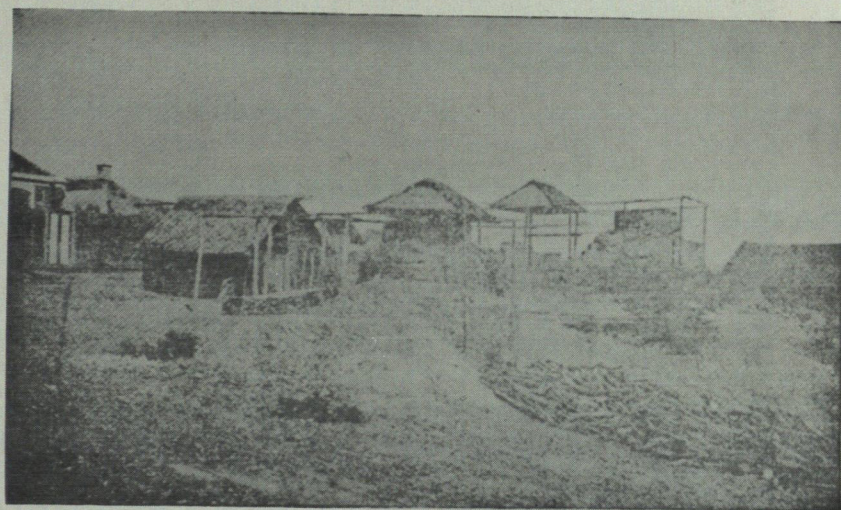
De hoy más será Aviclea Darclée, hasta la última gota de tinta, la que reduzca á la idolatría al público madrileño.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

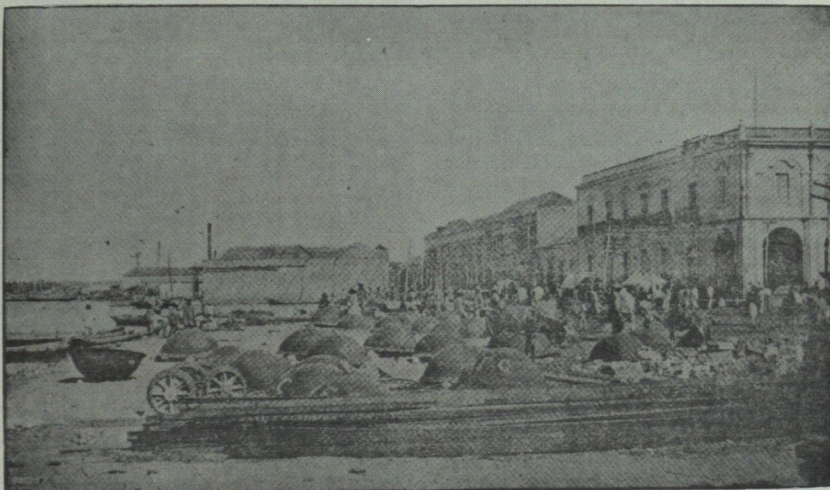
1893.



RUINAS DEL SOCORRO. — Valencia



LOS HORNOS DE LADRILLO EN EL EMPEDRADO. — Maracaibo



CALLE DE LA MARINA. — Maracaibo

LAS ESTAMPILLAS DE CORREOS

Las estampillas empezaron á usarse en el año de 1846; la historia de su origen es así:

Una mujer muy pobre de Inglaterra tenía un hijo único, residente en Francia. No podía recibir noticias de ese hijo querido, sino por correspondencia: y cada vez que llegaban cartas, las devolvía al repartidor, después de haberlas cubierto de besos, pues sus escasos recursos no le permitían satisfacer el precio del transporte. Su hijo estaba bien de salud.

Un día, Rowland Hill, presencié por casualidad, una de esas dolorosas escenas, y animado de un generoso sentimiento de humanidad, pagó al repartidor el valor de la carta, de cuyo contenido pudo imponerse la dichosa madre.

Rowland Hill se detuvo á reflexionar entonces, sobre el número considerable de cartas así inutilizadas, como también la pérdida enorme que debía causar á la Administración de Correos, tanta correspondencia rechazada por tal motivo.

Publica en seguida un folleto en el cual proponfa el precio módico de diez céntimos por el transporte de las cartas en todo el territorio de Inglaterra y sus colonias, con la condición expresa de que esos diez céntimos fueran satisfechos anticipadamente, por medio de una etiqueta exterior, fijada sobre la dirección de la correspondencia.

La idea fue acogida con mucho favor, creándose al poco tiempo una marca móvil de papel, que viene á constituir el sello ó estampilla de correos.

En el mismo año de 1846, hizo su aparición la primera estampilla, llevando grabado el perfil de la Reina Victoria.

Francia siguió el ejemplo de Inglaterra en 1849 y sucesivamente todos los demás países del mundo civilizado.



CALLE DEL COMERCIO. — Puerto Cabello (Venezuela)

PARA EL CIELO

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR BLANGA Y MARGOT

I

SOSPECHA

—¿Con que te vas por fin?—decía con voz triste una hermosa joven, que se hallaba reclinada en un elegante diván, dirigiéndose á un hombre de gallarda figura, que de pie y casi vuelto de espaldas hacia ella hojeaba un libro, como para disimular el disgusto que le causaba aquella pregunta, principio sin duda de una desagradable conversación.

—Sí, contestó él, te he dicho que tengo que ir..... lo he prometido.

—Pero ¡ay! repuso ella, no puedo acostumbrarme á estar sin tí. Además, me había forjado la ilusión de ir contigo al teatro esta noche.

—Pues bien, te prometo que estaré aquí al terminarse la comida. Prepárate, que vendré á buscarte y saldremos juntos.

—¿No me dejarás burlada?

—No, dijo él acercándosele; y besándola cariñosamente, agregó:—á las nueve estaré aquí.

Leonor, que así se llamaba la encantadora joven, al quedarse sola, fijó los bellos ojos azules en un magnífico cuadro en que resaltaba la arrogante figura de su esposo, el duque de Jonville. Después que lo hubo contemplado largo rato, exclamó con acento de amargura, mientras rodaban por sus pálidas mejillas abundantes lágrimas:

—¡Cuánto me amabas! ¡Cuán feliz era con tu amor! y cómo me hace sufrir esta duda que martiriza mi alma! Si yo pudiera penetrar en la tuya y convencerme de que todavía me amas! ¡Ah! me parece que te veo como en otro tiempo, tierno, apasionado. Recuerdo cuando te conocí. Vivíamos mi madre y yo en una quinta, en Génova, á orillas del mar. Una tarde, mientras paseábamos como de costumbre por la playa, noté cierta agitación en las personas allí reunidas. Me dirigí á una amiga para preguntarle qué ocurría. ¿Cómo, no sabes? me dijo. Es que el duque de Jonville acaba de llegar. ¿No lo conoces? Pues mira, es aquél que viene hacia nosotras. Es muy amigo mío. Voy á presentártelo. Entonces fijé la atención en un joven que se distinguía por su elegante porte; y no

puedo negar que me pareciste un tipo acabado de belleza varonil. Cuando mi amiga me presentó á tí, me turbé al ver que tus ojos se fijaban en mí con marcada insistencia. A los pocos días comprendí que te había causado honda impresión; y al tener el convencimiento de que era amada, creí haber alcanzado la felicidad. Poco tiempo después nos unimos para siempre. Mas ¡ah! ¡Qué fugaces corrieron los días de nuestro amor, de nuestra ventura!... ¡Cómo han ido muriendo una á una mis ilusiones, y cómo me resisto á contarme en el número de esas infelices condenadas á la indiferencia y al olvido! ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Serás capaz de eso, Enrique? No, no quiero creerlo.

Leonor permaneció largo rato en silencio, silencio que interrumpió la voz del reloj.

—¿Cómo?—dijo, levantando la cabeza: las nueve ya, y aun no estoy lista! Voy á arreglarme con esmero para ver si llamo su atención. ¿Qué traje me pondré? El rosado? ¡Ay! la noche en que lo estrené, Enrique estaba tan frío, tan indiferente conmigo, y en cambio tan obsequioso con la condesita de Bianchi! El azul? También me trae tristes recuerdos! Me decido por el verde; es el color de la esperanza y aun no la he perdido.

Se dirigió entonces á su tocador y poco después volvió á salir ricamente ataviada y deslumbradora de hermosura.

El tiempo transcurría y una sombra de tristeza velaba el bello rostro de la joven, que ya parecía agitarse con la impaciencia del que espera y duda. Abrió el balcón y se asomó á él, con el deseo de ver venir al duque; y con creciente ansiedad permanecía allí, creyendo descubrirlo á cada instante. Pero ¡ay! Enrique no llegaba...

Cuando Leonor vió que las estrellas empezaban á palidecer y que los primeros albores de la mañana hacían huir las sombras de la noche, sintió apoderarse de su alma un profundo abatimiento, y alejándose del balcón se dejó caer en el diván, donde se despojó de todas sus galas.

II

REALIDAD

Cuando la condesa de Fiore se preparaba á salir para dar su paseo de mañana, recibió una esquela en que su hija Leonor la llamaba precipitadamente á su lado. Su angustia fué grande al encontrarla presa de una violenta fiebre. Inmediatamente hizo venir á uno de los más afamados facultativos de la ciudad, y éste, después de examinarla con solicitud, declaró que su estado era algo alarmante por

la excitación en que se hallaba. En efecto, Leonor empezaba á delirar, y en su delirio decía, agitando un papel en sus convulsas manos:

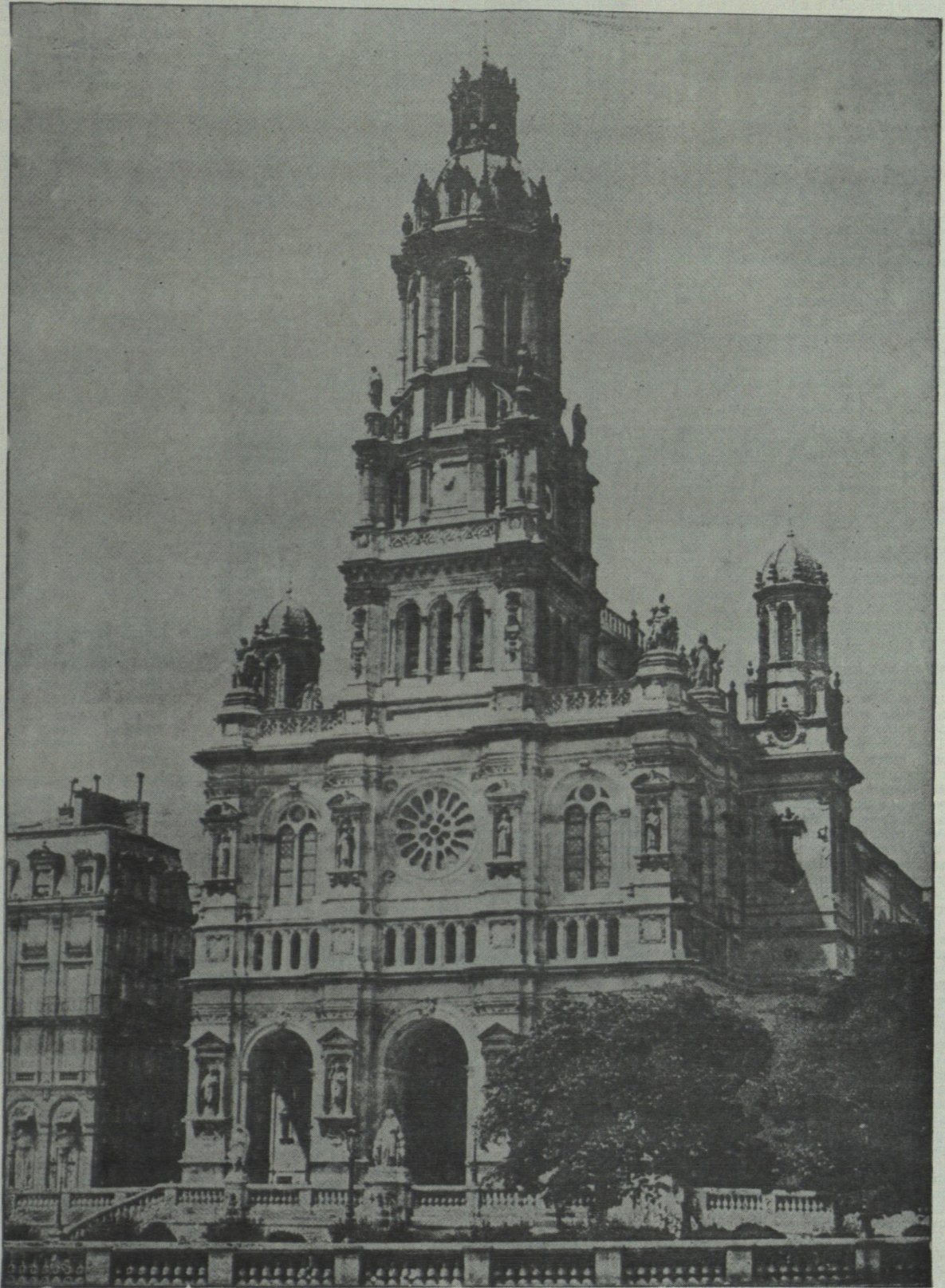
—Esta carta, madre mía, es un engaño: ese viaje un pretexto para ocultar su traición. Enrique no me ama ya! Me abandona!

Veinte días duró su enfermedad sin que hubiera regresado el duque; y aunque la madre de Leonor empezaba á sospechar la indiferencia de su yerno, se sorprendía, sin embargo de que prolongase su ausencia estando en peligro la vida de su esposa. Bien pronto comprendió la condesa el enigma que encerraban el delirio de Leonor y la ausencia del duque. Un antiguo amigo suyo, el General Riconti, noble y venerable anciano que profesaba á la familia de Fiore el más sincero afecto, se creyó en el deber de revelar á la condesa la conducta escandalosa del duque.

¡Cuán distante estaba la pobre madre de imaginarse hasta dónde llegaba la desgracia de su hija!

El duque, que como todos los espíritus frívolos era incapaz de sentir un amor verdadero, se cansó muy pronto de Leonor, á pesar de reunir ella todas las cualidades que pueden constituir la felicidad de un hombre; y corría tras efímeros placeres sin saber apreciar el tesoro que poseía. Así, mientras la desdichada Leonor lo esperaba ansiosa, él huía de su lado en busca de una nueva aventura, sin comprender quizás la profunda impresión que causaría su abandono en el espíritu tierno y delicado de su esposa.

El General Riconti refirió á la condesa cómo desde algún tiempo se decía que el duque estaba apasionado por una joven de noble familia que, huérfana desde muy niña, había quedado encomendada al cariño de una anciana tía. Dotada la joven de un alma superior, rechazaba dignamente los galanteos del duque; y poseída de un profundo sentimiento religioso, sólo aspiraba á consagrar su vida al bien de la humanidad, en una de esas asociaciones que son el alivio y el consuelo del desgraciado. Arrastrado el duque por su amor, no desistía de su empeño en alcanzar de la joven una actitud menos severa; y ella, cada vez más contrariada con sus frecuentes demostraciones, buscaba tranquilidad en la religión, que la atraía con sus grandezas inefables. Desesperada al fin con la tenacidad del duque, resolvió alejarse de la ciudad, é impulsada por su ardiente vocación buscó un asilo donde ejercer el santo ministerio de la caridad. El duque, al saber la partida de la joven, no titubeó en seguirla; y para evitarse una entrevista desagradable con su esposa, le ocultó pérfidamente su viaje hasta última hora.



IGLESIA DE LA TRINIDAD. — París

La condesa escuchó esta relación en silencio; y después que el General se hubo despedido de ella, se entregó al dolor que le causaba la desgracia de su hija. Cuando la calma volvió á su espíritu por un esfuerzo de su voluntad, la pobre madre se dirigió al aposento en donde se hallaba Leonor convaleciente. Al verla sintió de nuevo agolparse las lágrimas á sus ojos, pero dominó su emoción y con voz aparentemente tranquila le dijo:

—¿Cómo te sientes, hija mía?

Leonor, por-toda respuesta, lanzó un triste suspiro. Acercóse á ella la condesa y cubrió de besos su pálido rostro, deseosa de mitigar con sus caricias maternas la ansiedad de aquel corazón que presentía su desdicha.

¡Con cuánta delicadeza el amor de madre supo ingeniarse para hacer conocer á la joven que sus temores eran ya una triste realidad! ¡Y cómo sufría aquella amorosa madre al ver que después de tantos afanes y desvelos, su hija, su Leonor, aunque volvía á la vida, volvía con el corazón desgarrado, con un vacío en el alma que nada era suficiente á llenar! Y en vano se esforzaba la condesa por aminorar su pena; que para la joven todo había desaparecido en el mundo y sólo le quedaba el recuerdo abrumador de su terrible desencanto.

III

ARREPENTIMIENTO

Penetremos ahora en una de esas mansiones de dolor en que la Caridad encuentra ancho campo donde ejercer sus santas virtudes.

Contemplad á esa multitud de jóvenes que con verdadero espíritu de abnegación desdénan todo cuanto el mundo les ofrece de halagador, para dedicarse á suavizar los sufrimientos de los desheredados de la vida, que en su desamparo no tendrían á quien acudir si Dios, en su amor nunca desmentido por sus criaturas, no hubiera encendido en esos corazones privilegiados, con el ejemplo de su sublime sacrificio, la llama vivificadora de la Caridad.

Nos hallamos en el momento en que las Hermanas del Hospicio de Santa María, en Turín, celebran uno de esos actos conmovedores que despiertan en el espíritu místicas emociones. Aun se perciben las últimas armonías del órgano, mezcladas á las preces de aquellos puros corazones por la que ha pronunciado los votos solemnes que la separan para siempre del mundo. La novicia Elena de Zamieri acaba de profesar, y su peregrino rostro revela la satisfacción con que ha dejado el rico traje por el tosco sayal, y visto caer su rubia cabellera para ceñirse la blanca toca que le presentan sus compañeras.

Pocos días habían transcurrido de la profesión de Sor Isabel, nombre que tomó Elena al consagrarse á Dios, cuando se le presentó la ocasión de probar hasta dónde llegaba la generosidad de su alma. Hallábase acompañada de dos Hermanas en el salón número 3, en donde había varios enfermos de cuidado, y por tanto exigía continua vigilancia, cuando oyó un vago rumor hacia la puerta de entrada. Adelantóse á ver lo que ocurría y halló que sobre una camilla conducían dos hombres á un enfermo, cuyo semblante mostraba pocas señales de vida.

Al verlo, Sor Isabel palideció y un estremecimiento nervioso agitó todo su ser.

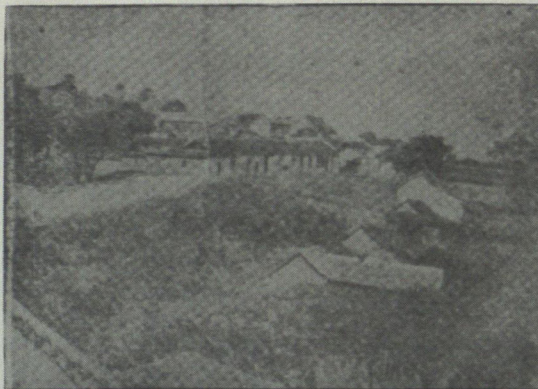
Mas al fin pudo vencerse y lo hizo conducir al salón, donde fué colocado en un cómodo lecho.

Después que el enfermo hubo reposado un rato, abrió los ojos con cierta vaguedad; mas de pronto su mirada cobra expresión y se detiene en Sor Isabel, que le trae una medicina. La fija en ella con creciente atención, da señales de que quiere hablarle, y la Hermana, al comprender que la ha reconocido, se siente llena de espanto, y su primer impulso es huir, huir, sí, de aquel hombre que hasta en aquel recinto y á las puertas de la muerte la persigue. Pero nó: su deber le ordena permanecer allí, y concibe el pensamiento noble y grande de salvar á aquel pobre pecador, á quien quizás no podrá librar de la garras de la muerte, pero sí darle la esperanza del perdón.

Entre tanto el enfermo se había incorporado y su mano temblorosa buscaba á sor Isabel que se estremecía de miedo.

—¿Vos aquí Elena? le dijo con voz casi imperceptible. ¿Vos aquí? Al fin os vuelvo á ver, ó sois una visión encantadora? ¡No sé si es un sueño; pero qué sueño tan hermoso! Acercáos. Venid: no me abandonéis: vuestro semblante es el de un ángel: perdonadme! sufro tanto! y cayó desplomado en el lecho.

La compasión se sobrepone al espanto, y Sor Isabel, con tierna solicitud, procura mejorar el estado del enfermo. Lava con esmero una herida que le descubre en el pecho: prepara las vendas con que la ha de cubrir; y con admirable delicadeza procede á la dolorosa curación. Así que terminó su caritativa tarea, se sentó á su lado, atenta al menor movimiento del herido. Por la fisonomía antes risueña de Sor Isabel cruzaban



COTO. — SAN LUIS DEL DEPARTAMENTO PETIT



CALLE DEL COMERCIO. — Puerto Cabello

sombras de tristeza, y á veces sus ojos se llenaban de lágrimas; lágrimas que le hacía derramar la compasión que le inspiraba aquel desgraciado. La sacó de su abatimiento un ¡ay! lastimero del enfermo, que se agravaba por momentos. Sor Isabel con voz cariñosa le preguntó:

—¿Qué sentís? ¿Deseáis algo?

—¿Me preguntáis qué siento? contestó él: ¡ay! si os lo pudiera explicar! ¿Veis el estado en que me encuentro? ¿Comprendéis los horribles dolores que padezco? Pues nada son, comparados con las angustias de mi alma. El pasado me atormenta, el remordimiento me acosa y no puedo apartar de la memoria los seres á quienes tanto he hecho sufrir. Me perdonáis, Elena?

—A qué evocar tristes recuerdos? dijo ella: Tranquilizáos.

—Tranquilizarme! le replicó el herido, cada vez más agitado. ¡Cómo! si siento que mi vida se apaga y no puedo remediar los males que he causado! Ahora mismo, por una falsa idea de honor, acabo de arrebatár la vida á un hombre. ¡Ah! no podéis imaginaros hasta dónde me he dejado arrastrar por mis pasiones. Sabed que por seguros cuando os alejáis de Milán, abandonad á mi adorable esposa; y yo bien me convencí de que os había perdido para siempre, seguí precipitándome por la pendiente que debía conducirme al abismo. Vuestra alma cándida y pura no puede concebir cuántas faltas abruman mi conciencia!...

La voz del moribundo se había debilitado de tal manera que apenas se oía. Sor Isabel comprendió que su fin se acercaba, é hizo llamar al capellán del Hospicio para que le administrara los Santos Sacramentos.

Después que recibió los auxilios religiosos, Sor Isabel, se acercó al lecho del enfermo y vió que estaba en la agonía; pero aun pudo oír de sus labios estas palabras:

—Perdón.....Elena! Perdón.....Leonor!...Dios mío, ten piedad de mí!...

Sor Isabel se arrojó, y con voz conmovida empezó á rezar las oraciones de los agonizantes. El duque de Jonville acababa de expirar....

Han transcurrido cinco años desde los últimos acontecimientos. Leonor, viuda de Jonville, habita en la hermosa quinta de Génova, en compañía de su madre. Las horas se deslizaban para ella con una monotonía inquebrantable, sin emociones; y con profunda indiferencia por todo lo que la rodeaba, veía, sin inquietarse, correr sus días, amenazados por una grave enfermedad. Penetrada de que todo en la vida es instable, esperaba tranquilamente el instante de la eterna partida. Aquel delicado corazón que había concebido del amor una idea tan alta, al verse burlado en sus creencias, experimentó el más amargo desencanto. Al principio sintió la joven un profundo dolor: luego se apoderó de ella la más completa indolencia; é íntimamente convencida de las frivolidades del mundo, sólo encontraba satisfacción en los tiernos cuidados de su amorosa madre y en la esperanza de una vida mejor.

La condesa se preocupaba al ver que la enfermedad de Leonor no cedía, y resolvió llamar á un célebre facultativo inglés, que se hallaba de paso en Génova.

El Doctor Jorge Wilbert no se hizo esperar, y Leonor lo recibió en su gabinete, envuelta en los encajes del blanco peinador de fino batista. Nada más seductor que la belleza de la joven, idealizada por la enfermedad.

Las trenzas de sus hermosos cabellos flotaban sobre su falda. Las largas pestañas negras, al velar el brillo de sus ojos de un azul oscuro, hacían más grandes las sombras de sus ojeras. Las mejillas, de un color subido, contrastaban con el blanco mate de su cuello alabastrino.

El Doctor Wilbert se sentó á su lado, y después de contemplarla breves instantes, escuchó atentamente la relación de los males que padecía. Cuando se alejó de allí llevaba el vehemente deseo de salvarla.

Todos los días por la mañana y por la tarde se veía llegar al Doctor en su negro corcel, desmontarse y subir aceleradamente la escalera de granito que conducía al corredor de barandas que circundaba la casa. Si la condesa le salía al encuentro para comunicarle que Leonor no se sentía bien, en su semblante se revelaba el desaliento; y si en cambio era á la joven á quien descubría, se animaban sus ojos y una sonrisa de satisfacción cruzaba por sus labios.

Los esfuerzos del Doctor lograron mejorar á la enferma; y ya sentía ella el deseo de respirar el aire puro de la mañana. Algunas veces, acompañada de su madre ó del Doctor, recorría las frondosas alamedas de la quinta, donde se complacía en aspirar el aroma de las flores y se extasiaba en los mil encantos de la naturaleza.

—¿No es verdad, decía ella, que cuando nos creemos próximos á abandonar la vida, encontramos atractivos misteriosos en todo lo que nos rodea?

El Doctor se estremecía siempre que la joven se expresaba en estos términos y procuraba desviar su pensamiento de aquella idea que no la abandonaba.

Jorge Wilbert á los treinta y seis años era una celebridad médica. Hombre distinguido, pero de carácter raro, se sentía atraído hacia Leonor por un impulso extraño hasta entonces para él. De naturaleza fría, nunca su corazón se había estremecido en presencia de ninguna mujer, y completamente entregado al estudio no conocía las emociones del amor. Por eso no se explicaba su turbación al encontrarse al lado de Leonor, y se sorprendía de que lejos de ella su imagen no se apartara de su pensamiento. Al principio creyó que su único interés era la salud de la joven; mas al fin conoció que una pasión ardiente, avasalladora, se había apoderado de él; y aterrado con la idea de perderla, se esforzaba más y más por salvarla de la muerte.

Leonor recibía agradecida sus solícitas atenciones, y ajena al sentimiento que en él había despertado, se dejaba arrastrar por la simpatía amistosa que le inspiraba. Pasaban largas horas jun-



PLAZA FÉLIX DE RESTREPO. — Medellín (Colombia)

tos, y el Doctor buscaba el momento oportuno para hacerle conocer el estado de su corazón; pero las palabras expiraban en sus labios ante la serena tranquilidad de la joven.

—¿Por qué, le preguntó Leonor un día, ese empeño en salvarme? ¿Creéis que la vida merece tanto interés?

—¿A vuestra edad, señora, y con las dotes que poseéis, habláis de esa manera?

—Ay! replicó ella: nada me halaga ya. Á veces quisiera sacudir el tedio que me abrumba, pero inútilmente! Amigo mío, es muy difícil recobrar las ilusiones desvanecidas.

—¿Pues, cómo, señora, no sabéis que la vida es una serie de alternativas y que tras una ilusión que muere nace otra?

—Ah! tenéis razón. Hoy acaricio la de dormirme para siempre en el seno de Dios.

En la fisonomía del Doctor Wilbert se pintó un dolor intenso, y quedó sumido en larga meditación, que vino á interrumpir la voz de la condesa que decía alegremente:

—Leonor, Leonor, buena nueva! Nuestro amigo el General Riconti me acaba de anunciar que ha llegado con su sobrino, el Capitán Hernando de Lara.

V

LA GRUTA DE JAZMINES

El Capitán Hernando de Lara era hijo de una hermana del General y de un noble español. De alma soñadora é imaginación fantástica, había manifestado desde muy joven el deseo de ser marino. El mar lo atraía con su imponente majestad, y nunca se sentía más feliz que cuando á bordo de su fragata contemplaba el lejano horizonte y se adormecía al suave y acompasado movimiento de las olas. Si alguna vez la tempestad rugía y las embravecidas aguas del Océano amenazaban hundir su nave, Hernando se encontraba como en su elemento y con serena calma luchaba hasta salir victorioso.

Para la época á que nos referimos, Hernando sólo contaba treinta y dos años, y había me-

recido, por sus grandes servicios, el grado de Capitán de Navío de la Armada Española.

Mimado de la fortuna, unía á su ilustre nombre una esclarecida inteligencia y un corazón noble y levantado. En la mirada de sus negros ojos brillaba el valor, y la sonrisa que siempre animaba su semblante, descubría la bondad de su alma. Fácil es comprender que con semejantes condiciones el joven Capitán no había sido insensible al amor.

Hernando, cuya fantasía se había forjado un ideal, creyó alcanzarlo varias veces sin que hasta entonces lo viera realizado.

Cuando conoció á Leonor de Jonville, su corazón se sintió conmovido ante la lánguida belleza de la joven. Su melancolía, la enfermedad que le prestaba mayores atractivos, la indiferencia con que había acogido sus halagos, fueron nuevo incentivo para el amor que se apoderaba de su alma; y así que pudo aquilatar las relevantes prendas morales que poseía Leonor, creció su admiración por ella hasta el punto de concebir el propósito firme de conquistar aquel corazón, que era ya una necesidad para su vida.

El Doctor Jorge Wilbert fué el primero en comprender el amor de Hernando, y aunque por una parte le inquietaban las demostraciones del joven Capitán, por otra se complacía en la actitud indiferente de Leonor. Hernando, á su vez, se desesperaba, y en ocasiones la duda de poder despertar aquel corazón del marasmo en que se hallaba sumido, se apoderaba de él, y se afligía hondamente porque comprendía que su amor no era un amor pasajero. El, que antes encontraba la existencia tan llena de encantos, ahora, cuán amarga le parecía sin el amor de aquella mujer, que llenaba todas sus aspiraciones y en la que veía vinculada su única felicidad. Otras veces los celos hacían presa en él, y con temeraria ceguedad sentía, quizás por la primera vez en la vida, despertar el odio en su corazón, porque no podía dominar el despecho que el causaban las prerrogativas que como médico tenía en la casa el Doctor.

Una tarde en que Leonor se sentía muy decaída, Wilbert la invitó á dar un paseo con el propósito de distraerla. En el momento en que bajaban la escalera de entrada, que también conducía al jardín, se encontraron con Hernando y con el General. Hernando, sin poder disimular el desagrado que le producía aquel encuentro inesperado, dijo:

—Parece, mi querido tío, que llegamos á mala hora. La señora duquesa, según veo, se prepara á salir.

Leonor, sorprendida por el tono con que Hernando pronunció estas palabras, fijó en él su mirada serena y con dulzura le contestó:

—Es que podéis acompañarnos, si queréis. Venid también vos, mi General, y me proporcionaréis el gusto de conducirlos á mi gruta de jazmines.

Leonor entonces se adelantó unos pasos como para indicarles el camino, y el General, el Doctor y Hernando la siguieron. La actitud del Doctor era fría y desapacible, y en el rostro de Hernando se podían leer las distintas emociones que experimentaba, pues ya lo animaba una sonrisa placentera cuando Leonor le dirigía una frase, ya una contracción nerviosa de su boca, ó una mirada de enojo, delataban el furor que sentía cuando Wilbert se acercaba á ella. El General, sin advertir las encontradas pasiones de aquellos dos hombres, se complacía en hacerles admirar algunas de las flores del jardín que hallaban al paso.

—Hemos llegado, exclamó Leonor de pronto penetrando en un bellissimo kiosko, formado por tupido follaje, que esmaltaban á trechos olorosas florecillas. Decidme ¿no tengo razón en asegurar que este sitio es encantador?

La figura de Leonor, con su traje blanco, destacaba sobre el verde oscuro de las enredaderas de jazmines, y con su belleza ideal semejava una aparición fantástica.

El Doctor la contempló pensativo. Hernando, como si temiera verla desaparecer, clavaba en ella la anhelante mirada; y por la mente del General cruzó el triste pensamiento de que quizás eran muy breves los días de vida que le quedaban á la joven. Deseoso de ver desvanecida aque-



COLUMNA DE LA LIBERTAD. — Maracaibo

lla idea que lo mortificaba, llamó la atención del Doctor hacia otro lado del jardín, con el propósito de preguntarle por la salud de Leonor.

Hernando aun no había apartado los ojos de ella, cuando comprendió que estaban solos. Sin poderse explicar, tuvo miedo; quiso hablar, y no pudo. Leonor se estremeció ligeramente y la palidez de sus mejillas se aumentó. Hernando, confuso, dió algunos pasos hacia ella, que se había sentado ya en un rústico banco de madera; y sin preámbulos, con voz entrecortada por la emoción, le dijo todo cuanto su corazón sentía. . . Su amor, que por momentos crecía; la duda, que torturaba su alma; el odio hacia el Doctor; la desesperación que le causaba su indiferencia. . . todo, todo se lo reveló.

Por la fisonomía del Capitán y la extrema palidez de Leonor, comprendieron, al volver, el General y Wilbert, lo que había pasado.

El General Riconti se detuvo silencioso á la entrada de la gruta y enjugó una furtiva lágrima, en tanto que en los ojos del Doctor Wilbert se vió brillar un relámpago de rabia.

VI LA CITA

Leonor de Jonville no había podido sustraerse á la simpatía que generalmente inspiraba Hernando. Cuando comprendió la superioridad de su alma, sintió, á pesar suyo, cierta satisfacción al ver que era el objeto de su constante preferencia; y sorprendida de encontrarse turbada ante el Capitán de Lara, vió con espanto que su corazón renacía al amor.

—¿Cómo! se decía: es posible que yo vuelva á amar? No. ¿Exponerme á un nuevo desencanto? Eso sería horrible! Hernando me ama: sí, lo conozco en el brillo de sus ojos cuando me mira: en su confusión cuando me habla. Pero ay! si se viera correspondido en su amor, perdería el encanto que encierra para él y pasaría como tantos otros, sin dejar huella alguna en su alma.

Con esta convicción se propuso ocultar lo que pasaba por ella; y la tarde en que Hernando, más apasionado que nunca, le descubrió su amor, no le dejó entrever el estado de su alma, porque se imaginaba que así conservaría aquellas nacientes ilusiones los cortos días que le restaban en la tierra. Pero la lucha que sostuvo entre su nuevo amor y la desconfianza que no podía vencer, agravó el mal que paso á paso la llevaba á la tumba. Día por día aumentaba su languidez, y una fiebre tenaz la consumía lentamente. Su extrema debilidad la privaba de bajar al jardín, y sólo podía llegar apoyada en el brazo de su madre hasta la reja, donde permanecía largas horas, entregada

á las dulces emociones que el recuerdo de Hernando despertaba en su espíritu. El Doctor Wilbert, para quien el amor de la joven no era un secreto, se sentía dominado por pasiones opuestas. Deseaba ardientemente salvar á Leonor, á quien amaba cada día más; y al mismo tiempo la idea de verla feliz con el amor de otro hombre, lo enloquecía hasta el punto de preferir la muerte de aquel sér adorado.

Leonor tuvo una mejoría, y como se sintiese con más fuerzas quiso bajar al jardín. Maquinalmente se dirigió hacia la gruta de jazmines; mas, al llegar á ella, se detuvo sorprendida al descubrir á Hernando, que triste y pensativo no había advertido su llegada. Al ligero ruido que produjo el roce de su traje con las ramas, Hernando levantó la cabeza, se lanzó precipitadamente hacia ella, quiso asir una de sus blancas manos que ella retiró perpleja, y trémulo le dijo:

—Disculpadme: si me he introducido furtivamente en vuestra gruta, lo he hecho con la esperanza de veros. Os amo, Leonor, os amo con un amor digno de vos. ¿Por qué me huís? ¿Acaso no me creéis?

—Sí, contestó ella: os creo, pero vos mismo os engañáis. Creéis amar cuando quizás es un capricho de vuestra exaltada imaginación.

—No me comprendéis, Leonor, replicó él indignado. El tiempo os probará que hay corazones que saben amar.

Y fuera de sí salió bruscamente de la gruta, después de haber lanzado sobre Leonor una mirada llena de amargura y de reproche. Leonor, casi desfallecida, apenas podía tenerse en pie, y vacilante subió la escalera.

Después de aquel encuentro imprevisto, Hernando, exasperado por la actitud de Leonor, resolvió alejarse de Génova con el propósito firme de distraer el amor que le robaba la tranquilidad, sin ofrecerle esperanza alguna. Leonor, al saber la partida del Capitán, se imaginó que en su furor se ausentaba por corto tiempo; pero al ver que los días pasaban, la inquietud se apoderó de ella, y empezó á alarmarse, hasta que, convencida por último de que no le vería más, cayó en una completa postración. Wilbert perdía la esperanza de sacarla de aquel estado, y sentía crecer su odio por el hombre que, además de poseer ya el corazón de la única mujer por quien el suyo había palpitado, hacía ineficaces, con su fatal amor, sus desvelos por salvarla de la muerte. Así que hubo agotado todos los recursos de la ciencia y visto frustrados todos sus esfuerzos, con el vivo deseo de prolongar algunas horas más el triste placer de contemplar aquella mujer idolatrada y hacer por ella el último sacrificio, adoptó la extrema resolución de llamar á Hernando. Con la fisonomía contraída por la lucha que acababa de sostener consigo mismo, se encaminó á la más cercana estación telegráfica y le dirigió estas palabras: "Venid: Leonor se muere."

La condesa, desolada, no se apartaba del lecho de Leonor. En el lado opuesto, el Doctor detenía en ella su mirada con el abatimiento del que no espera ya; y en el semblante de la moribunda se veía la placidez del alma pura y justa que al recibir la visita de su Dios se siente próxima á penetrar en la mansión divina.

De pronto la puerta del aposento se abre. Hernando, pálido, tembloroso, se precipita á los pies del lecho y prorrumpe en sollozos convulsivos. Leonor extendió entonces su diáfana mano hacia el Doctor y murmuró:

—Os he comprendido, amigo mío. ¡Cuán noble sois!

Wilbert se había puesto de pie, y al estrechar la mano que la joven le ofrecía, dos lágrimas ardientes corrieron por sus mejillas. Luego, Leonor, profundamente conmovida, dijo:

—Hernando, si puede serviros de consuelo saber que sois amado, consoláos.

Hernando, más y más desesperado, exclamó:

—Ah! me amáis y os pierdo para siempre, Leonor!

Entonces ella alzó los ojos, animados por una luz misteriosa, y con voz entrecortada ya por la agonía, balbuceó:

—Si me amáis como os amo yo..... si vuestro amor es como el amor que he soñado..... Hernando, os cito para el cielo..... Allá nos uniremos en un amor espiritual y eterno.

FIN.

EN LA CALLE

La calle oscura, plácido el ambiente....
Un piano suena y vibra con tristeza,
Y al compás de la música doliente
Mi pensamiento á divagar empieza.

¿Quién arranca esos ritmos que así gimen?
¿Qué alma en el mundo sin amor perdida
Vierte esas notas trémulas que exprimen
El dolor y el cansancio de la vida?

Y sigue divagando el pensamiento,
Y de la luna al moribundo brillo
En alta roca donde silba el viento
Miro las torres de ojival castillo.

Temblando llego al levadizo puente;
Dormitan en la sombra los arqueros,
Y del cielo en la bóveda luciente
Parpadean los pálidos luceros.

¡Oh edad lejana que en mis sueños lloro!...

¿En dónde está mi negro ferruero,
Mi alto calzón y mis espuelas de oro
Y mi jubón de suave terciopelo?

¿En dónde está la hermosa castellana?
¿En dónde está la soñadora rubia,
Que la escala no prende en la ventana
Como en las noches de tristeza y lluvia?

Tiempo hace ya que tu presencia aguardo
Y la angustia en mi pecho se dilata
Despierta ya, que mi laúd de bardo
Quiere entonar la alegre serenata.

La última nota lánguida fenece,
Y de la luna al moribundo brillo,
En el lejano azul se desvanece
La sombría silueta del castillo.

ISMAEL HENRIQUE ARCINIEGAS.

DE CARACAS A LA GUAIRA

(SEIS LEGUAS EN DIEZ HORAS)

POR NICANOR BOLET PERAZA

Con éstas y otras reflexiones sobre nuestro actual sistema de locomoción, llegaba yo á la puerta de una de las caballerizas de esta capital, llevando al brazo mi frazada y una breve maleta, y aguijoneado por el deseo de trasladarme, con la velocidad de mi urgencia, al vecino puerto.



—Una bestia para La Guaira, Francisco!
—Con casualidad todas están descansadas, señor.
¿Quiere U. á "Tragaleguas"? ó le gusta más bien
"Rayo de Júpiter," "Niña bonita," la "Vapor," la
"Remilgada," ó "Don Cornelio?"
—Muéstreme á Tragaleguas.
—Aquel macho zaino galoneado.



—El que se está rascando el lomo con los dientes?
—Sí, señor, ese mismo.
—Y es marchador?
—Válgame Dios, señor! Si para subir es un cohete, y para lo que es bajar no asienta los cascos.
—De modo que baja de panza, eh?
—No, señor; es que se deja chorrear por el cerro abajo.

—Pues ensilla á *Tragaleguas*, que, en llegando pronto, aunque se desternille por esos voladeros de Barrabás.

Y en menos que canta un gallo, Francisco adezeó lo mejor que pudo á *Tragaleguas* con un galápago por de pronto epiceno, pero que debió ser femenino en los tiempos en que sirvió para arrellanar las faldas de alguna dama realista en el recibimiento que á Boves se le hizo cuando entró bajo palio á esta su amada capital. El freno, que contaba más empates que una votación secreta, y las riendas con más nudos que el cordón de San Francisco, los recibió *Tragaleguas* con el desdén propio del fuerte á lo impotente; con lo cual quedó del todo listo. En cuanto á los tientos para asegurar la maleta, los improvisé con algunos cabos de hilo gordo, y pedí á Francisco las espuelas.

—Espuelas! y para qué? me preguntó el muchacho con verdadera extrañeza. Eso está bueno para bestias sin vergüenza; y no por alabar lo que U. lleva, le digo que al tanto habrá, pero quien le supire el punto, no lo ha parido yegua.

A tales seguridades contesté yo saltando de un brinco sobre el lomo del fiero cuadrúpedo, cuyo elogio proclamaba en primer lugar su apelativo, y luego la elocuente gerigonza del mozo de la cuadra; y como intentase yo obligarlo á voltear la cabeza hacia donde tenía las ancas, para que así franquease la puerta del establo, ví con disgusto y con no poco temor, que *Tragaleguas* pegó la cabeza al estribo, lanzó un profundo suspiro, y con uno de sus ojos se quedó mirando fijamente una grande haz de yerba que fresco y provocativo se ostentaba reclinado en un rincón del patio.



—Qué significa esto? le pregunté airado al mozo.

—El amor á la casa, señor; me contestó éste; pero no tenga cuidado, que en saliendo de aquí irá como una bala de rifle.

Y sin decir más, agarró una estaca, que por lo fácil que la halló á mano sospeché que debió estar en el programa, y dándole un par de sacudidas á *Tragaleguas*, una en cada lado de la panza, para

que no se quejase el hígado de lo que le regalaban al bazo, logró que el fiero macho saliese con ímpetu inverosímil, lanzando al despedirse dos ó tres manifestaciones de protesta contra la violencia que se le hacía, á las cuales Francisco contestó con un "para tu alma!" digno de ser comprendido por el descortés animal.

La mañana estaba hermosísima, aunque todavía encapotada. Apenas cruzaban por las calles los panaderos que, sobre sus cebados borricos, repartían aquí y allá el pan de cada día; las beatas que se colaban sigilosamente en las iglesias, envueltas en sus pañolones de color problemático, y las vacas de leche que con tardo paso, marchaban guiadas por el pastor, después de dejar su espumoso y blanco tributo en las rebosadas cuartillas del establo.



Allá, saltando por sobre las aceras, en diligente escapatoria, se alcanzaba á ver al trasnochado barbero que, sorprendido por las primeras claridades del indiscreto Febo, ocultaba bajo sus cortas faldas la guitarra con que había pasado la noche en el amoroso punteo de algún velorio. El resto de la población se desperzaba en los dormitorios y aposentos; y *Tragaleguas* devoraba con avidez digna de su nombre, las cuadras enteras de la soñolienta capital.

Al llegar frente á la casa en que antiguamente se solía cobrar el peaje, traté de detener á mi cabalgadura con el objeto de pagar el derecho de alcabala, pero *Tragaleguas*, con más memoria que yo, y sabiendo que la odiosa costumbre había sido abolida, se resistió á aquella parada, y metiendo la cabeza entre las piernas, y haciendo inútil la brida, en poquitos brincos trepó la primera altura del cerro, dejándome ver en toda su extensión el panorama del hermoso valle.

Contemplaba yo aquel paisaje encantador, aquellos cuadros sembrados que riega el Guaire, y en los cuales el verde cambia sucesivamente, desde el esmeralda más puro hasta el manzana más tierno; los techos terrosos de la ciudad sirviendo de contraste á la caprichosa alegría de la naturaleza, y por entre los agujeros que dejaba la inmensa sábana de niebla, las colinas con sus lomas acariciadas por los primeros rayos del sol; y ya iba á engolfarme en consideraciones de una filosofía esencialmente estomacal, al ver cómo se elevaban los mil penachos de humo, despedidos por otras tantas chimeneas, y que delataban igual número de desayunos; cuando el monótono compás de una campanilla que sonaba en tono menor, me anunció que bajaba por el cerro una recua de jumentos carboneros.

El camino era estrecho en aquella parte, por lo que *Tragaleguas*, gran náutico en semejantes perances, se situó en un conato de bifurcación de la vía, y aguardó allí á que pasasen los borricos. Quería yo que *Tragaleguas* tomase un atajo para ahorrar distancia y ganar tiempo, pero no había que pensarlo. Con la cabeza metida entre las patas delanteras esperó el tenaz animal á que llegase el burro campanero que guiaba á los demás y comenzó con él, estirado el hocico, una resquicia de puro olfato; sin que hasta ahora haya podido yo averiguar el objeto de esta ceremonia.

El isleño que arreaba la recua, se encará con *Tragaleguas*, y echándole una mirada que le arrojó desde el rabo á las orejas, le dijo, como si hablase con un paisano:

—Anda allí, endino; que en Sanchorquíz te dfrán cuantas son zincos; huele cuanto quieras, que allá te harán estornudar.

Y después de haber hablado al macho, como á persona más principal, se dirigió á mí y me saludó muy cortesmente:

—Adiós, señor: y no haya cuidado, que primeramente Dios y María Santísima, esta noche á más tardar verá osté la mar salá, á sigún le veo el pergenio á su montura.

¡Cuán tarde llegué yo á comprender las palabras de aquel profeta de Tenerife!

Pasó el último asno, y *Tragaleguas* continuó entonces la ascensión con los bríos con que un lancero arremete al fugitivo infante. *Tragaleguas* se las tragaba en verdad; y yo iba aspirando, en arrebatado galope, las auras embalsamadas de la cumbre.

De repente, y al cruzar un recodo del camino, alcancé á ver á Sanchorquíz. *Tragaleguas* ensayó un rebuzno que espiró en su garganta cual un malogrado do de pecho; y como si esto hubiese sido una señal convenida, salieron de la casa que frente á mí tenía, hombres, mujeres, niños y demás gente menuda, armados de sendos palos; y puestos en hileras á las márgenes del camino, prorrumpieron en exclamaciones amenazantes acompañadas de gestos de premeditada agresión, á las voces de: "¡aquí viene *Rochelero*!" "¡fuego con *Rochelero*!" (*)—exclamaciones, gestos y amenazas que á mí se me antojaron hostiles á mi persona, no obstante que por



de pronto no hallase el significado de la palabra *rochelero*, que no era aquella ocasión propicia para cavilaciones filológicas; por lo que tirando de las riendas á mi diligente compañero de peligro, traté de contenerlo en él, y tomar así aliento para recapacitar sobre el modo y oportunidad de evitarle ó embestirle.

Mas fué cosa que ni la fuerza de mis brazos bastó á detener á *Tragaleguas*, ni el inminente riesgo de los palos sirvió á sujetarle en la carrera que llevaba hacia la casa, que erizada de hombres y de estacas, parecía quererse repetir en ella la escena de los yangüeses con algún moderno Quijote, el cual, según todas las probabilidades no podía ser otro sino yo.

No moderó *Tragaleguas* sus ímpetus hasta llegar al establo de la casa; y á pesar de mis esfuerzos por impedirlo, se instaló en sus pesebres, y hubiera devorado la yerba de algunos alarmados pollinos que allí pacían, si volteándome yo hacia atrás, y dirigiéndome á los hombres de los garrotes no les dijese:

—¿Qué significa esto, buenos amigos; á qué esos palos y esos gritos de *rochelero*, que no parece sino que lo hacéis por provocarme?

—Pues vaya, zeñó! me contestaron los buenos isleños; que tales eran aquellos acometedores: ¿no sabe usted que ese macho se llama *Rochelero*?

—Por *Tragaleguas* lo tengo, y por tal me lo han alquilado.

—Ese es el cuento, paisano. En la caballeriza todos son *tragaleguas*, pero en el camino no *tragan* nada. Y ese que usted monta es *Rochelero* en persona, que lo conoce toda la vecindad por esa mala maña de arrochelar, como lo está usted viendo ahora.

—De modo que de aquí no saldrá más?

—A según y conforme, zeñó! Si usted quiere que le demos la soba, marchará hasta que Dios quiera;

(*) En lenguaje popular de Venezuela se dice que es *rochelero* la bestia que tiene el resabio de pararse en un lugar sin querer proseguir la marcha.

pero si nó, bien puede usted apearse, que aquí no semos gentes sin entrañas y podrá usted comer y dormir hasta que le manden otra bestia de la ciudad, porque lo que es ese macho, cuéntelo como sembrao.

—Pues venga la soba amigo; que yo no tengo tiempo que perder.

Y diciendo y haciendo. Los robustos isleños, las cuajadas comadres y los chicos bullangueros y diestros, cayeron sobre las costillas del pobre *Rochelero* con tal ímpetu y con tales garrote, que el antiguo *Tragaleguas*, si no puede asegurarse que se corrió de vergüenza, es un hecho que corrió de dolor, y me cargó durante algunas cuajadas como alma que llevan los diablos.

Pero en aflojando el miedo y refrescándose el es-cor-zor, aflojaron los bríos de mi cabalgadura, la cual comenzó a descender la cuesta con la gravedad estudiosa de un miembro de la sociedad de Ciencias Físicas; examinando aquí los pétalos de una flor, contando más allá los estambres de otra, y herborizando en toda regla, no sin detenerse de cuando en cuando en los pequeños pozos que dejan en la tierra húmeda los cascos de las bestias, y los cuales olía *Rochelero* con deliciosa voluptuosidad, levantando luego al cielo su remangado hocico, como el sorbedor de rapé que en el sol busca el aguijón para un trasapelado estornudo.

Así, a ese paso de sabio, bajaba el falsificado *Tragaleguas* la recia pendiente, cuando al cruzar un zigzag del camino, alcancé a ver a un ginete que traginaba la misma vía en dirección opuesta; de modo que él subía cuando yo bajaba. ¡Cuánto sería



Aquí sobrevino la gran dificultad de aquel encuentro: desligar aquellos viejos amigos: separarlos de la amorosa rascadura de costillas a que se habían entregado, olfateándose entrambos y lamiéndose, quien a quien, las correas del apero.

Nuestros talones sin acicates, verdaderos talones de Aquiles, no lograban nada de provecho, por más que remaban duramente sobre los hijares de *Castor* y de *Pólux*; nuestros furibundos apóstrofes no alcanzaban a romper el apretado lazo de aquella amistad de pesebre, que como las de colegio, suelen ser las verdaderas y eternas; y a todo esto no pasaba alma nacida que tuviese la caridad de regalar con algunas docenas de palos a aquellos seres sensibles a la amistad y a todo, menos al talón ni a la rienda.

Por último, una idea feliz iluminó mi mente: desciendo de la ruin cabalgadura, y cortando a la orilla del camino un par de buenas astas de guayabo, di una a mi amigo, y con la otra, ya montado sobre mi *Tragaleguas*, descargué sobre el *Tragaleguas* suyo, tal tempestad de golpes, a tiempo que mi amigo hacía otro tanto en beneficio mío, que ambos machos partieron, disputándose la rapidez en la dirección que cada cual llevaba.

Aquel fué el postrer esfuerzo del infeliz *Rochelero*; de allí en adelante todo fué sudor copioso, mordiscos a la yerba del camino, suspiros que parecían pujidos, aleteo de orejas. Estaba hundido.



mi regocijo al reconocer en el viajero a un amigo muy querido, a quien había dejado de ver por mucho tiempo! Pocos pasos me separaban de él, cuando, impaciente por estrecharle, estiré el brazo a que está pegada la mano de la amistad, diciéndole: —Ola, querido, dame esos cinco, que tenía hambre de verte!

Hambre dijiste? pues no parece sino que *Rochelero* tomó el vocablo como un recuerdo, y bajando la cabeza, comenzó a devorar una cepa de yerbas frescas que al paso había, en tanto que el mulo que cargaba a mi amigo hacía igual maniobra, dejándonos con las manos estiradas, medio cuerpo entregado a la efusión del encuentro, y en actitud de salirnos por los respectivos pescuezos de nuestros cuadrúpedos.

—Vamos! arriba, *Tragaleguas*! gritaba mi amigo, taloneando como un energúmeno a su impávido mamífero.

—¡Cómo! le dije yo; ese también es *Tragaleguas*? —Sí, me contestó, huyendo prontamente la piedad, que su cuido le quería morder; este es *Tragaleguas*, el mejor macho de la cuadra.

No pude menos que estallar en una estupenda carcajada, y luego expliqué a mi caro amigo la superchería de los dueños de caballería, por la cual resultábamos dos hombres de bien, viajando por el mismo camino, montados en un mismo personaje que, por obra de encantamiento, tenía dos cuerpos distintos, un solo innombrado nombre, y unas mismas malas mañas.

Sea que los dos *Tragaleguas* se hubiesen cansado de su actitud, lo cual no es probable, ó que les hubiesen entrado cosquillas para entablar entre sí alguna plática, lo que sí es posible; fué el caso que se olieron recíprocamente, y luego se fueron recostando, costillas con costillas, al extremo de magullarnos mi amigo y yo las piernas, y tener que interrumpir el apasionado abrazo que las ansias de una larga ausencia y la restregadura de los machos hacían más y más estrecho y expansivo.



El resto me tocaba a mí hacerlo, y lo hice con abnegación. Descendí del desdichado animal, le até la brida al cuello, y poniéndome detrás, le empujé primero, luego le apliqué dos zurriagazos, y por este medio comenzó a descender la cuesta con cierto perruno trotecito menudo que debió tener reservado para los casos fortuítos.

Las cuatro de la tarde serían, cuando mi macho y yo (que en tal orden caminábamos) llegamos al Castillito de La Guaira.

En ese momento el Vigía repicaba la entrada al puerto de un vapor, cuyo penacho de humo veía yo crecer rápidamente en el horizonte.

Aquel contraste entre el impetuoso vehículo del progreso, al cual empujaba el maravilloso motor que ha transformado el mundo, y el que delante de

mí caminaba, arreado por las repetidas descargas de mi garrote, me avergonzó; y hundido en las mismas reflexiones que suprimí al comienzo de este artículo, llegué a la Pólvara, donde principia la población. Allí salté de nuevo sobre mi exhausto *Tragaleguas*.

NUESTROS GRABADOS

Recuerdos.—Estudio al lápiz

Deseosos de que nuestros lectores conozcan el mayor número de obras artísticas extranjeras aunque sea por medio de la copia, continuamos reproduciendo por el fotograbado aquellos trabajos que, como el de Mathias Schmid, que hoy publicamos, han alcanzado universal reputación.

3 Vistas de Maracaibo

No son pocas las que ya conocen nuestros lectores de la pintoresca «reina del Lago.» Toca hoy su turno a:

La columna de la Libertad, digno emblema del carácter de los hijos de Maracaibo, siempre atentos a la voz de la Patria y de sus leyes; a

Los hornos de ladrillos en El Empedrado, muy apropiados para su objeto; y a la

Calle de la Marina, vista que representa una de los parajes más animados y pintorescos de aquel pueblo trabajador é independiente.

Iglesia de la Trinidad en París

Es uno de los templos de mayor elegancia arquitectónica que posee la gran capital. Su aspecto exterior tiene a los ojos de nosotros los profanos en el arte, menos carácter de templo católico que de airosa mezquita árabe. Al mismo tiempo que revela esa iglesia gran solidez de construcción, revisten todas sus proporciones suma elegancia, y adornos del mejor gusto. Su interior está en perfecta consonancia con su exterior; y todo el templo manifiesta cierta serena majestad que lo hace más que otro alguno apetecible para los fieles que desean con santo recogimiento elevar sus preces al Creador.

Puerto Cabello.—Calle del Comercio

Con dos vistas más de Puerto Cabello enriquecemos hoy la colección que venimos formando de grabados de aquella importante ciudad de Venezuela.

Valencia.—Ruinas del Socorro

No sabemos si hay alguna leyenda ó tradición sobre el paraje de Valencia cuya vista reproducimos en la página 431. De todos modos con dicha vista añadimos una más a las muchas que ya llevamos publicadas de aquella hermosa ciudad.

Coro.—San Luis del Departamento Petit

Con la vista que publicamos en la página 434 se completa la sección que en nuestros grabados de este número dedicamos al occidente de la República. Ya habrán visto nuestros lectores que no olvidamos al centro y al oriente.

Colombia.—Plaza de San Félix de Restrepo en Medellín

La tierra colombiana nos es tan cara casi como la nuestra: un mismo origen, una misma historia, unas mismas gloriosas tradiciones é idéntico destino en la civilización establecen sólido vínculo de fraternidad entre las naciones libertadas por Bolívar, sea la vista que hoy publicamos de Medellín como la reproducción de un pedazo de nuestra propia tierra.

Caracas.—Calle Sur 2 en 1880

Júzquese por el grabado de la página 428 cuanto ha mejorado en estos últimos trece años el pedazo de la calle Sur 2, comprendido entre las esquinas de Las Monjas y San Francisco.

Matadero Público

Aunque no es una vista completa del edificio la que publicamos hoy, siquiera da una idea del salón en donde se benefician las reses. Ya tendremos oportunidad en otra ocasión de presentar nuevos grabados del mismo establecimiento.

Fiesta de Santa Cecilia

Predominan las flores y las luces en la decoración de las imágenes y los altares de nuestros templos. Véase cómo fué adornado el de Santa Cecilia en la última fiesta que se hizo a esta virgen en la iglesia de Santa Rosalía.

Carúpano.—Vista parcial del Puerto con la Aduana y el Muelle

Carúpano es uno de los puertos de Venezuela que, visto desde el mar, presenta más risueño aspecto. Es además una ciudad que prospera visiblemente impulsada por el activísimo comercio de que es centro. El grabado de la página 427 reproduce con bastante fidelidad la alegre fisonomía de parte muy importante de la ciudad.

Santas Justa y Rufina.—Cuadro de Domingo Fernández y González

Copiamos lo que sobre este cuadro hallamos en un periódico de España.

«El distinguido pintor español Fernández y González, pensionado en Roma, ha representado en este cuadro un trágico episodio del tiempo de la dominación romana en España, durante el reinado de Diocleciano. Justa y Rufina vivían pobremente en Sevilla á mediados del siglo III, y habiéndose negado á ofrecer sacrificios á la diosa Selembo, (Venus), fueron encerradas en la cárcel y condenadas á muerte, después de haber sido sometidas á crueles tormentos. Cuando los jueces penetraron en la prisión para conducir al circo á las doncellas, Rufina les mostró el cadáver de su hermana Justa, que había perecido de hambre: Rufina fué más tarde arrojada á un león; mas como la fiera no quisiese devorarla, fué quemada, martirio que sufrió con admirable y santa resignación. La Iglesia católica ha santificado á las dos hermanas, y Sevilla y otras muchas ciudades las han declarado sus patronas.»

Casa número 9, Sur 5

Esta casa, que fué construida en los primeros años del último siglo, tiene una fachada muy singular, como se ve del grabado que hoy publicamos obra de la pluma de nuestro amigo y colaborador señor F. Davegno. Su frente está ocupado por tres grandes ventanas sobresalientes, constituyendo cada una de éstas el centro de otros tantos compartimientos formados de pilares fantásticos y arcos de arabescos caprichosos. El conjunto aparece á primera vista más grotesco que artístico; sobre todo, cuando se estudia con detención. El dosel ó guardapolvo en que están sujetas las rejas de cada ventana está coronado de labores, del mismo estilo, aunque más vistosos. Sobre la puerta de entrada que está á la derecha, existe un nicho vacío coronado por el monograma de la Virgen María. Hasta ahora pocos años, figuró en el zaguán de esta casa el antiguo pavimento de hueso, muy de moda en Caracas, durante los dos últimos siglos. De este pavimento sólo se conserva una porción del primer corredor, recuerdo de los antiguos dueños que la habitaban en remotos días.

Hé aquí una casa célebre, no sólo porque en ella vivió Bolívar, de edad de cinco á seis años, cuando su madre cansada de las travesuras del niño, lo entregó al tutor *ad item* que le había nombrado la Audiencia de Santo Domingo, por fallecimiento de su padre, el Coronel Bolívar, acaecido en 1786, sino también por ser esta casa la que, durante muchos años, ocupó el tutor, aquel célebre patricio de la revolución de 1810, aquel Licenciado Don José Miguel Sanz amigo de Miranda, víctima de la guerra á muerte, en las sabanas de Urica en agosto de 1814. En esta casa fué instalada la Academia de Matemáticas, en 1831, y el Colegio de Santa María en 1859 bajo la dirección de los señores Doctor Agustín Avelado y Doctor Angel Ribas Baldwin.

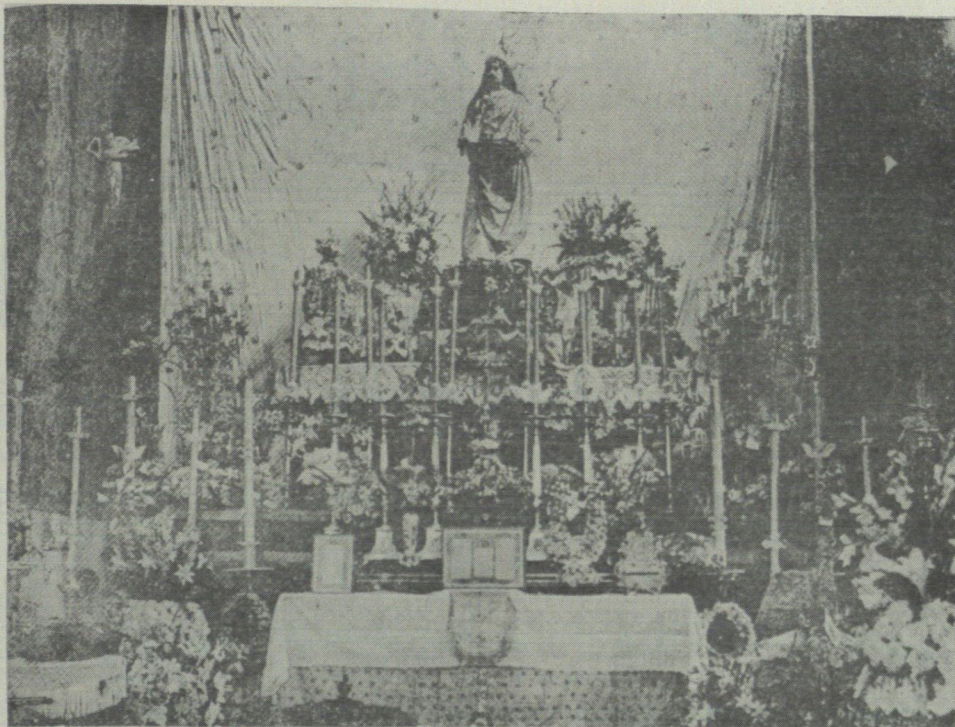
(ARÍSTIDES ROJAS.—*Leyendas históricas de Venezuela*, segunda serie, pág. 249).

Un viaje de Caracas á La Guaira, en las mulas de alquiler

Es un notable artículo del señor don Nicanor Bolet Peraza que publicamos hoy.

Lo hemos ilustrado con grabados originales debidos á la pluma del señor Romeu. Este señor es un notable grabador y dibujante que sirvió ocho años en la casa de Frank Leslie de New York, en donde le llaman *the master*. Frecuentemente nos valdremos de los importantes servicios de este artista que se encuentra hoy en Caracas.

Al publicar el artículo del señor Bolet Peraza, ilustrado, creemos hacer un obsequio á los antiguos comerciantes de La Guaira, que habrán de recordarnos con fruición los incomparables placeres de los viajes en las mulas de alquiler de Simón Torres.



FIESTA Á STA. CECILIA EN STA. ROSALIA (en Caracas)



SALAS DE BENEFICIAR RESES EN EL MATADERO (Caracas)

Música

Se engalanan hoy las columnas de EL COJO ILUSTRADO con la preciosa composición para piano y canto, titulada ROMANCE, y de la que es autora la señora ISABEL PACHANO DE MAURI.

Dicha composición es delicada muestra del exquisito ingenio de la aplaudida aficionada señora de Mauri, y prueba también de cómo vá penetrando entre nosotros el modo de composición musical moderno, el que consiste más bien que en el simple hecho de formular melodías y frases con ritmo fijo, á escuadra y compás, y adaptables á cualquiera composición poética, en el racional de conceder al artista el incalculable poder de expresar musicalmente y con plena libertad rítmica, las ideas y sentimientos que viven latentes en la palabra escrita. Así la frase capi-

tal de la romanza de la señora de Mauri, cuyo sentido literario se ve traducido á la perfección por los sonidos, alcanzando á veces, el diseño melódico, el carácter grandioso de un himno épico. También son de notarse por lo bello y apropiados el preludio y final de la ROMANCE.

Por este nuevo triunfo, damos á la señora de Mauri nuestros sinceros parabienes, y nos permitimos alentarla en sus artísticas labores, porque ha de vivir segura de que sus futuros y geniales esfuerzos serán coronados por los lauros que siempre reporta el trabajo si unido á un talento superior como lo es el de la autora de la música que hoy publicamos.

ROMANCE

por Isabel P. de Mauri

Introduccion

Piano *Lento* *ff* *cres.* *din.*

Je pense à toi quand le do-soleil se lève... Je pense à toi quand le soleil se lève Je

Poco andante *len* *pp* *p* *forte* *con*

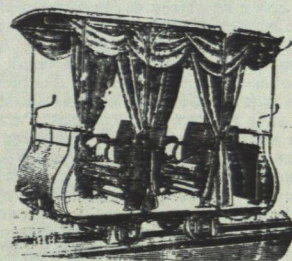
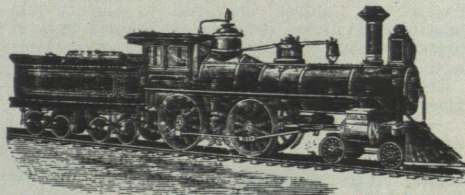
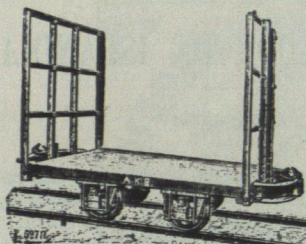
Je pense encore Je pense encore quand il finit son cours quand il finit son cours... et si parfois dans mon do-

meil je rêve c'est le bonheur c'est le bonheur de... l'adorer... toujours de l'adorer toujours de l'adorer lon-

con passion *col canto*

8^a alla- *fin.*

1^o tempo *cres.* *din.* *rall.* *8^a base*



ARTHUR KOPPEL

FABRICA DE FERROCARRILES PORTATILES Y FIJOS

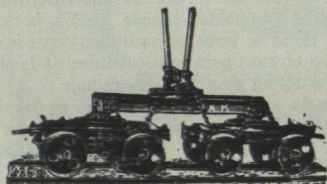
BERLIN, BOCHUM, CAMEN

FUNDICION DE ACERO EN WOLGAST

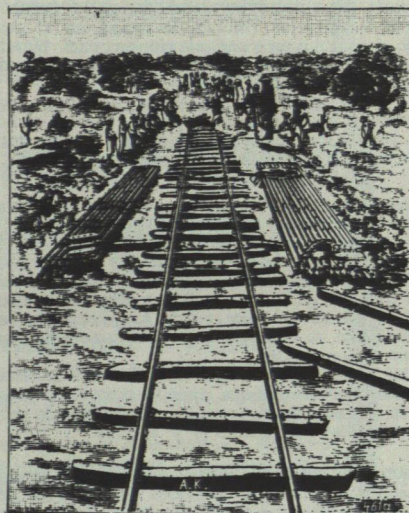
SUCURSAL EN LAS PRINCIPALES CAPITALAS DEL MUNDO

MATERIAL

para ferrocarriles y tranvías.—Nuevo sistema de rails acanalados para tranvías.—Rails ligeros y durmientes de acero.—Cambios de vía.—Plataformas giratorias.

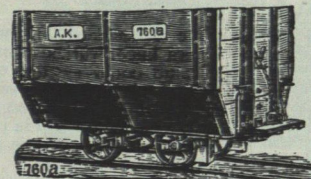


Especialidad para instalaciones en haciendas de caña, café y cacao



500

modelos de ruedas de acero.—Wagones y carros volcadores.—Coches para tranvías.—Locomotoras.—Puentes y materiales para puertos y estaciones.



Indispensable para minas, todo género de construcciones y grandes empresas

PRESUPUESTOS DE GASTOS Y CATALOGOS GRATIS

Exposición permanente de todo el material en miniatura, en esta sucursal:

OTTO NATHANSON

Caracas, Este 4, número 14 — (Traposos á Chorro)

Agente para Caracas y Estados limítrofes:—ALFREDO JAHN

Caracas, Balconcito al Truco, número 44.—Ingeniero para oficinas de caña y café y toda clase de maquinaria, puentes y techos de hierro.

Agentes en el Zulia y Estados contiguos:—BECKMANN Y ANDRESEN—MARACAIBO

REVISTA DE LA QUINCENA

Hacia no poco tiempo que habíamos dejado de verle la cara al sol. Al fin, una mañanita, se despertó de buen humor y resolvió pasear, haciendo gala de toda su brillante esplendidez, nuestra bóveda celeste. Envió amorosos besos á las flores; tendió los impalpables hilos de su luz á las gotas de rocío, para que por ellos subiesen á abrillantar la túnica azul del firmamento; difundió por dondequiera la sonrisa de la luz, á cuyo calor sacudieron las alas de oro los insectos que saltaron como chispas. A las ardientes caricias reventaron las hinchadas yemas y salieron á recibir el codiciado beso los pimpollos. La aguja de la enhiesta palmera que reta al rayo y se hombría con el remate de la torre gótica, rasgóse para saludar con nuevo plumaje, batido por la brisa, el grato advenimiento del esposo de la tierra.

Llegó la noche y se vistió con el más rico de sus mantos, aquel en que brillan con fulgor intenso todas sus joyas y sobre el negro fondo se tiende con elegancia suma el dorado y fino

encaje de la *vía lactea*, gala ésta cuyos pliegues caprichosos dispuso la mano misma del Creador.

Pletóricos estaban los seres, y no lo estaban menos de savia las plantas; y todos, ébrios de vida, cayeron en profundo letargo lleno de ensueños que eran como promesas de nueva fiesta para el día siguiente. En vano al anunciarse éste, abrió los pesados párpados la naturaleza y puso en lo alto la mirada.

El día estaba turbio: terminó la poesía.

Instalóse de nuevo la prosaica llovizna, y á la espléndida decoración de gayas flores, de insectos de oro, de impalpables hilos luminosos, de ternísimos retoños, de plumajes agitados y de manto recamado de fulgurantes galas, sucedió la de abombados y ridículos paraguas, de sigilosos zapatos de caucho, de pantalones arrollados, de gabanes y polainas y embozos.

Recobró su perdido imperio el romadizo. Hubo *da capo* en la sinfonia de estrepitosos estornudos y toses perrunas con *floritur*as de bronquios irritados; y pausas de corchea de asmáticos pulmones seguidas de *morendos* de reumáticos. Por consiguiente los boticarios se frotan las manos des-

pués de practicada la adición de la venta del día, los médicos sudan la gota gorda y en las agencias funerarias no hay punto de reposo.

Ruedan ahora los vehículos por sobre pavimento de melcocha; los caballos hacen en torno regueros de fango que dejan á los transeúntes aljorizados. Las damas echan á lucir las piernas en las boca-calles. Los carros de tranvía se repletan de gente que quiere mojarse más. Los cocheros escalan el Olimpo y se hacen dioses. Los alfareros trinan, los limpia-botas cantan, las sabandijas se alborotan, las cloacas se reventan, los detalladores ponen el grito en las nubes que no se conmueven y siguen enviando la insufrible llovizna, el *chin-chin* desesperante.

Recuerdo con algo semejante á nostalgia aquellos tiempos en que vivíamos en nuestro elemento natural. Ahora vivimos dentro del agua, los únicos felices son los que están escamados por algún respecto. ¿Será qué se aproxima alguna de las evoluciones de nuestra especie? Ya me lo tenía yo desde que me vengo tropezando con tanto tiburón por esas calles.

Están de plácemes los numerosos representantes de las tradicionales aficiones de nuestros progenitores los españoles, como que hay cuadrilla de toreros de los legítimos, es decir, de los de colete y chatas sobre las sienes y chaquetín y etcétera; y un *mataor* que le da el pinchazo al lucero del alba si se le aparece con cuernos. Para cada domingo se anuncian no sé cuántos bueyes de muerte, cosa que hace lamerse los labios de gusto á los aficionados á tan substanciosos espectáculos. ¿Pero por qué no se van diariamente al matadero, donde además de matar la res la descuartizan? ¿Es porque los *mataores* de allí no tienen moña, ni están afeitados, ni se peinan chaticas, ni se ponen aquellos elegantes pantalones que tan lindamente exhiben las gracias y desgracias de lo que Sancho maltrataba para desencantar á Dulcinea?

Es cosa que todavía no he podido poner en limpio y quisiera que alguien me dijese si la afición es á los bichos, á los toreros ó á ver correr la sangre.

Cuando sé que hay aficionados que se van á la estación á recibir los toros como á parientes ó á notables personajes, me digo: vamos, el gusto es por los bichos. Luego veo á los toreros rodeados dondequiera de gente que les contempla con admiración, y rectifico: son los *mataores* los que privan. Pero si voy al circo por curiosidad y me veo al público, poseído de verdadero frenesí, pedir la muerte de cuanto bicho con cuernos aparece en la arena, entonces... mejor es callar. ¿A qué dar forma al cúmulo de negros pensamientos que ante aquel espectáculo me llena la cabeza?

Y eso que á nuestras corridas les falta el interesantísimo detalle de los caballos enredados en sus propias tripas. ¿A dónde llegaría entonces el entusiasmo del público?

En días pasados tuvo necesidad don Emeterio de tomar un coche para hacer varias diligencias, porque, delicado de salud como es, temió que le fatigase el andar mucho á pie y se le renovase su antiguo padecimiento del hígado, constante pesadilla del buen señor. Me despedí de él á la portezuela del coche á tiempo que dirigiéndose al auriga le decía: — A la hora.

No le volví á ver hasta esta mañana. Me encontré de manos á boca con una especie de espectro que agarrándose por el brazo exclamó:

—Ea! No se pasa así por delante de los amigos. —Cómo! ¿Don Emeterio! ¿Pero que le ha pasado á usted? Le encuentro tan cambiado que....

—Ya lo creo! Aquí donde usted me vé vengo de regreso de las puertas del otro mundo. ¿Recuerda usted aquel día en que me dejó dentro de un coche? Pues desde entonces no he tenido sino atroces sufrimientos que me han llevado al borde de la fosa. Lo mismo fué echar á andar el vehículo maldito que empezar á saltar y á dar tumbos por esas calles: me rompí la frente, me dí un porrazo en el occipucio que casi me dejó sin sentido; me estrellé el pómulo izquierdo contra un palo, se me

fracturó la muñeca izquierda y adquirí una lujación en la pierna derecha; pero, sobre todo, el hígado: el hígado amigo mío! Creo que se me acabó de disolver.

Efectivamente, el pobre hombre estaba lleno de emplastos, de adhesivos, de ligaduras por todas partes. —Pero, le dije, no parecía tan malo el coche, amigo mío.

—¿Y quien le ha dicho á usted que la culpa fué del coche? Al contrario: el coche era de los mejores. La culpa es de las calles, ó de quien sabe quién. ¡Qué montañas rusas ni qué calabazas! Caer, metido dentro de un tonel, por la catarata del Niágara es lo único que puede dar palidísima idea de esta nueva especie de tormento que parece creado por moderna Inquisición. Le aseguro á usted que cuando de la cima de uno de aquellos enormes promontorios de piedras descendía el coche á las profundidades pestilentes de una cloaca reventada, para remontarse á luego por sobre rieles de tranvía hasta el abultado vientre de un perro muerto, de donde seguía con trepidación insoportable y ruido ensordecedor por sobre lo compuesto de alguna calle, rezaba yo cuanto sabía, entre lamento y lamento. Ay! no quiero ni acordarme. Todas las entrañas han mudado de sitio. Mire usted: tengo el corazón donde estaban los riñones, la vejiga en el gástrico, los pulmones en el vientre y el hígado regado por toda la caja del cuerpo haciendo de las suyas. Ayayai!

El pobre don Emeterio siguió su camino renqueando; y yo, que me disponía á tomar un coche para hacer unas visitas, cambié de propósito y me atuve al llamado machito de San José.

Hemos recibido el folleto que contiene las bases reglamentarias de la Junta de Acimatación y Perfeccionamiento Industrial. De acuerdo con el Decreto Ejecutivo de 4 de agosto de 1893, creador de aquella importante y utilísima corporación, ésta ha formulado ya sus Bases Reglamentarias, en las que se advierte desde luego que la referida Junta se ocupa con la debida seriedad en llenar su cometido.

Está demás, porque ello salta á la vista, decir de cuánta transcendencia para el país es la existencia de aquella corporación, compuesta de personas entendidas, patriotas y activas.

Damos las gracias á nuestro muy estimado amigo el General Jacinto R. Pachano por el envío del folleto *Muerte del General Ezequiel Zamora*, publicación que acaba de hacer aquel bizarro militar y galano escritor. Tiene por objeto la mencionada publicación establecer la verdad histórica sobre la muerte de aquel valiente soldado. En éste como en todos los escritos del General Pachano hay que aplaudir la gallardía del estilo, no menos que la alteza de pensamiento, con que siempre se exhibe el biógrafo del magnánimo Falcón.

EL PESCADOR DE ISLANDIA

Continuación

como aquí, con los nombres de los difuntos. Allí reposan los dos hermanos Goazdiou, de Ploubazanec, y también Guillermo Moan, el abuelo de Silvestre.

Gaud creía estar viendo aquel pequeño cementerio al pie de los cabos desolados, bajo la pálida luz sonrosada de los días sin fin, y se representaba en su imaginación á aquellos muertos durmiendo el sueño eterno bajo el hielo, cobijados bajo el sudario negro de las noches, largas como los inviernos.

—¿Y todo el tiempo estáis pescando, no descansáis nunca?

—Todo el tiempo. Y además hay que atender á la maniobra, porque el mar no siempre está tranquilo por allí. ¡Diantre! lo que es cuando llega la noche, te respondo de que está uno bien fatigado, y se tiene un apetito de salvaje.

—Pero ¿no os aburrís nunca?

—¡Nunca! —contestó Juan con un aire de convicción que hizo daño á su mujer; cuando estoy á bordo, te juro que se me pasa el tiempo sin aperturarme.

Margarita inclinó la cabeza, sintiéndose más triste, más vencida por el mar de Islandia.

XXXV

Al desaparecer el sol de aquel hermoso día de primavera que habían pasado juntos, la caída de la noche tornó á traer el sentimiento del invierno, y entraron en casa para cenar al calor de la chimenea, donde ardía un gran fuego de ramaje.

Después salieron para que Juan se despidiera de sus padres, y luego de cumplido el deber filial, se fueron á acostar muy temprano, con intención de estar levantados cuando rayara el alba.

A la mañana del día siguiente, el muelle de Paimpol estaba animadísimo. Quince barcos debían salir con la *Leopoldina*, y las familias de los que los tripulaban iban á despedirse de ellos, para estar juntos hasta el último momento. Gaud se asombraba de verse mezclada á aquellas mujeres, mujer también de un islandés y traída allí por la misma causa fatal que las otras. Desde hacía unos días su destino se precipitaba de tal manera, que apenas había tenido tiempo de representarse bien la realidad de las cosas; deslizándose por una pendiente irresistiblemente rápida, había llegado á aquel desenlace inexorable, que ahora le era necesario soportar, como lo hacían las otras; las que ya estaban acostumbradas.

Nunca había asistido de cerca á semejantes escenas de despedida; todo le era nuevo y desconocido. Entre tantas mujeres, no había ninguna á quien pudiera considerar como su igual: sentíase aislada entre la multitud, diferente de ellas. Su pasado de señorita rica; que subsistía á pesar de su nueva posición, le creaba como una plaza aparte.

Y no faltaban en torno de Gaud otras jóvenes, lindas como ella, bien interesantes con sus ojos llenos de lágrimas: habíalas también distraídas ó risueñas, que no tenían corazón para sentir, ó que por el momento no amaban á nadie. Algunas viejecitas, que se sentían amenazadas por la muerte, lloraban al separarse de sus hijos: los amantes se abrazaban estrechamente, y varios marineros cantaban para alegrar la partida, mientras otros subían á bordo de sus respectivos barcos como á un calvario.

También se veían allí escenas salvajes: desgraciados á quienes habían hecho firmar su contrato por sorpresa en cualquier taberna y á quienes ahora embarcaban á la fuerza, entre sus propias mujeres y los gendarmes. Otros, que eran temibles por su gran fuerza muscular, habían sido embriagados por precaución; los traían en unas camillas, y los depositaban en la bodega de los barcos, como unos muertos.

Gaud se asustaba de ver pasar aquellas siniestras comitivas. ¿Con qué clase de gente iba á vivir su Juan? ¿Qué terrible cosa era aquel oficio de pescador de Islandia para anunciarse de aquel modo é inspirar á los hombres tales espantos?

Sin embargo, veíanse también marineros que estaban contentos y sonrientes; que sin duda, á ejemplo de Juan Gao, amaban la vida en alta mar.

EDICION INTERNACIONAL
Del **RETRATO** de **S. S. LEON XIII**
Por **CHARTRAN**
Este celebre retrato, es
EL ÚNICO AUTÉNTICO
El único para el cual S. S. haya servido de modelo.
El Papa viene representado **SENTADO**, con su
vestido de recepcion.
ENCANTADO DEL PARECIDO, LEON XIII HA
EXPRIMIDO AL ARTISTA SU DESEO DE QUE ESTE CUADRO SEA
REPRODUCIDO Y REPARTIDO EN EL MUNDO ENTERO
y ha compuesto dos **versos latinos** que van reproducidos **autógrafos**, sobre todas las reproducciones:
Grabado con ácido — Cromogravado — Grabado en dulce
Cromolitografía — Fotocromia — Fototipia — Cromotipografía — Imágenes de color.

VERDADERAS PÍLDORAS del D^R BLAUD

Están empleadas con el mayor éxito desde mas de 30 años por la mayor parte de los Médicos Franceses y extranjeros para curar la **ANEMIA, CLOROSIS (colores palidos)**, y facilitar el **Desarrollo de las jóvenes**.

El hecho de estar estas **Píldoras** insertadas en el nuevo **Codex Francés**, y su eficacia reconocida por el **Consejo de Higiene del Brasil**, y su venta autorizada, nos dispensa de todo elogio.

Exíjase el nombre del **Inventor** gravado sobre cada **Píldora** como mas abajo.

DESCONTÍENSE DE LAS IMITACIONES

NOTA. — Las Verdaderas Píldoras del **D^r Bland** no se venden nada mas que en frascos y medios frascos de 200 y 100 Píldoras, pero nunca al por menor.

PARIS, 8, RUE PAYENNE. — DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS

BLAUD

PERFUMERIA ORIZA
L. LEGRAND
 11, Place de la Madeleine, II
PARIS

ULTIMAS CREACIONES
 Productos

DATURA INDIEN

Esencia. DATURA INDIEN
 Polvo de Arroz. DATURA INDIEN
 Jabon. DATURA INDIEN
 Agua de Tocador DATURA INDIEN
 Aceite. DATURA INDIEN

Sachets Oriza Solidificados
 ELEGANTES TABILLAS
 16 OLORES EXQUISITOS.

EN TODAS LAS PRINCIPALES CASAS DE LA SUR-AMERICA.

MEDALLAS DE ORO
 en las Exposiciones Universales de
Paris 1878-1889
 Burdeos, DIPLOMA DE HONOR en la Exposición de 1882

PRUNES D'ENTE
 Ciruelas Ingertas

J. FAU
 Burdeos (Francia)

Se desea pasarlo bien sirva comer cada día
 Ciruelas deliciosas J. FAU

Aceite de Hígado de Bacalao
 DEL
DOCTOR DUCOUX
 Iodo-Ferruginoso,
 al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga

Los Médicos no vacilan en dar la preferencia, cuando se trata de curar las
ENFERMEDADES DE PECHO
LAS ESCRÓFULAS, EL LINFATISMO
LA ANEMIA, LA CLOROSIS, etc.,

al ACEITE de HÍGADO de BACALAO del Dr DUCOUX,
 Iodo-Ferruginoso, al Quinquina y Cáscara de Naranja
 amarga, porque no tiene esta preparación ningún sabor desagradable y
 porque su composición la hace sumamente **tónica y fortificante.**

Depósito General : 7, Boulevard Denain, en PARIS
 Se halla en todas las principales Farmacias y Droguerías del Universo.
 Desconfíese de las **FALSIFICACIONES é IMITACIONES**

INJECTION
CADET
 CURA
CIERTO Y INFALIBLE
EN TRES DIAS
Ph. B. Denain 7
PARIS
 DEPÓSITOS EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

Aquellos eran los buenos, como lo denotaba su exterior reposado y tranquilo; si eran jóvenes solteros, se marchaban indiferentes, echando una última mirada á las muchachas; si eran casados, abrazaban á sus mujeres y á sus pequeños con una dulce tristeza, templada por el deseo y la esperanza de regresar á su casa con los bolsillos llenos de dinero. Gaud se sentía un poco más tranquila viendo que aquellos marineros honrados y decentes formaban parte de la tripulación de la *Leopoldina*, y que, por consiguiente, Juan iba en buena compañía.

Los barcos salían del canalizo de dos en dos, ó de cuatro en cuatro, á remolque de unos vaporcitos. Apenas se ponían en movimiento, los marineros, descubriéndose la cabeza, entonaban á voz en grito el cántico á la Virgen « ¡Salve, Estrella del mar! » Sobre el muelle, las mujeres agitaban sus pañuelos en señal de despedida, y las lágrimas corrían bajo la muselina de sus cofias.

Así que la *Leopoldina* hubo salido del canalizo, Gaud se encaminaba con paso rápido hacia casa de los Gaos. En efecto, la *Leopoldina* debía fondear en la gran rada, delante de Pors-Even, para darse definitivamente á la vela aprovechando la marea de la noche, y por eso Juan y ella se habían citado en casa de los padres del primero, para darse el último abrazo.

Fiel á la cita, Juan bajó á tierra en la lancha de su barco para pasar al lado de su mujer las tres horas que le quedaban libres antes de aparejar.

Seguía haciendo el mismo tiempo primaveral, el mismo cielo tranquilo. Salieron de paseo cogidos del brazo, y fueron hasta su casa, para que Juan se despidiera también de la señora Moan, que se puso contentísima al verle.

Juan refirió que á bordo de la *Leopoldina* habían sorteado los puestos, y que á él le había tocado uno

de los mejores. Margarita pidió explicaciones sobre aquello, en su ignorancia del tecnicismo del oficio.

—Mira, Gaud—le decía él—sobre la cubierta de nuestros barcos hay unos agujeros abiertos á cierta distancia unos de otros, que sirven para plantar pequeños soportes de rodetes, en los cuales pasamos nuestros cordelillos.

Antes de partir, jugamos estos agujeros á los dados, ó bien se echan suertes poniendo papelitos numerados que cada cual va extrayendo del gorro del grumete. A cada cual le toca el suyo, y durante toda la campaña de pesca, ninguno tiene derecho á plantar su cordelillo en otro sitio que en el que le ha correspondido en suerte. Pues bien: el que á mí me ha tocado está á popa del barco, que es, como debes saber, el sitio más favorable para coger muchos pescados; además, es un sitio que tiene la ventaja de estar cerca de los grandes obnques, donde siempre se puede colgar un pedazo de lona embreada, un capote de hule, en fin, cualquier cosa que lo proteja á uno de la nieve y de las grandes lluvias y le permita ver un poco más claro en la superficie del mar.

Se hablaban en voz baja, como si temiesen hacer huir más de prisa los instantes que les quedaban. Su conversación tenía ese carácter aparte de todo lo que va á concluir inexorablemente; las cosas más insignificantes que se decían, parecían en aquel momento misteriosas y supremas....

Cuando llegó el último minuto, Juan cogió á su mujer entre sus brazos, y se estrecharon el uno contra el otro sin decirse ya nada, en un largo abrazo silencioso.

Se embarcó en su bote, cuya vela gris se tendió á un viento muy ligero que se levantaba del Oeste. El agitaba su gorro, y ella le seguía con la vista

mientras pudo divisar la silueta oscura, erguida sobre el azul ceniciento de las aguas.

A medida que la *Leopoldina* se alejaba, Gaud, como atraída por un imán, seguía á pie á lo largo de la playa el camino que recorría el buque. Pronto tuvo que detenerse, porque había llegado al límite de las tierras; entonces se sentó al pie de una cruz plantada en lo último de la costa, entre las piedras y los juncos marinos. Todavía divisaba la *Leopoldina*. Las aguas tenían grandes ondulaciones lentas; como los últimos latidos de alguna tormenta formidable que hubiera habido allá lejos, detrás del horizonte, pero todo permanecía pacífico.

Gaud miraba con avidez, tratando de fijar bien en su imaginación la fisonomía del barco, su silueta de velamen y de carena, á fin de poderla reconocer desde lejos cuando llegara el día de esperar su regreso, desde aquel mismo sitio.

Bien pronto la *Leopoldina* no fue más que un pequeño punto gris; no iba á tardar en llegar á la extrema orilla de las cosas visibles, para entrar en los senos infinitos de la obscuridad que empezaba á envolverla.

A la caída, de la tarde, el barco desapareció por completo, y Gaud tornó á su casa, en realidad bastante animosa á pesar de las lágrimas que no podía contener. ¡Cuánto más penoso, en efecto, hubiera sido el vacío de su alma si Juan hubiese partido como las veces anteriores, sin despedirse siquiera de ella! Ahora todo había cambiado en sentido altamente consolador; Juan era tan suyo, se sentía tan amada á pesar de aquella separación, que al volverse sola á casa sentía al menos el consuelo y la deliciosa esperanza de aquel *hasta la vuelta*, que se habían dicho al abrirse el largo paréntesis de la ausencia.

EPILEPSIA

HISTÉRICO

CONVULSIONES

ENFERMEDADES

NERVIOSAS

DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y PROVEEDORAS



¡Curación frecuente!
¡Alivio siempre!

CON EL USO DE LA

SOLUCION ANTI-NERVIOSA

DE

Laroyenne

VENTA POR MAYOR
PARIS, Boulevard Denain, 7, PARIS
FARMACIA DUREL

XXXVI

Pasó el verano, triste y ardoroso. Gaud empleaba su tiempo acechando las primeras hojas amarillentas, las primeras reuniones de golondrinas que partían, el primer brote de las crisantemas.

Había escrito cartas a Juan por los paquetes de Reickawick y por los cruceros, y a fines de Julio tuvo la inmensa alegría de recibir una de Juan, en la que le informaba de que su salud era excelente, que la temporada de pesca se presentaba muy bien y que él solo había cogido 1.500 bacalao.

Todas estas cosas estaban dichas en el estilo sencillo y uniforme que sirve de modelo a las cartas de los islandeses a sus familias. Los hombres que, como Juan, no han recibido más que una educación primitiva, ignoran completamente la manera de escribir las mil cosas que piensan, que sienten o que sueñan. Ella, con su espíritu muchísimo más cultivado, supo tener en cuenta esta circunstancia, y adicionar la ternura profunda que había dictado aquella misiva, laboriosamente escrita por una mano ruda. En las cuatro páginas de la carta, la palabra esposa se hallaba repetida muchas veces, revelando la fruición con que se complacía en escribirla. El sobre, por sí solo, era una cosa cuya lectura regocijaba a Margarita: *A la señora Margarita Gaos, casa de Moan, en Ploubazlanec.* ¡Hacia tan poco tiempo que se llamaba la señora Margarita Gaos!

**

Había tenido mucho trabajo en aquellos meses de verano. Las paimpolesas, que al principio habían descotizado de su talento de obrera improvisada, bajo el pretexto de que no estaba acostumbrada a trabajar para nadie, habían tenido que convencerse, por el contrario, de que poseía una capacidad superior para hacerlos trajes que las favorecían, con lo que Gaud se había convertido en la modista de más reputación de aquellos contornos.

Lo que ganaba con su habilidad de modista, lo iba dedicando a embellecer la casita, para que Juan, a su regreso, la encontrase de mejor aspecto. Los armarios, las viejas camas en forma de camarotes de barco, iban siendo reparados, barnizados, y los antiguos herrajes reemplazados por otros nuevos y relucientes. Las colchas habían sido también sustituidas, y el mobiliario se había aumentado con una mesa nueva y varias sillas.

Todos estos gastos los había hecho sin tocar para nada al dinero que su Juan le había dejado antes de partir, y que guardaba intacto en una cajita de la China.

En las tardes de verano, a las últimas claridades del día, sentada delante de la puerta en compañía de la abuela Moan, cuyas ideas eran mucho más claras en la estación calorosa, hacia a la aguja una elástica de lana azul, destinada a Juan. Los bordes del cuello y de las mangas, ostentaban calados y labores complicadísimas.

A medida que la estación avanzaba, se iba teniendo conciencia del decrecimiento de los días. Ciertas plantas que habían llegado en Julio a su mayor lozanía, tomaban ya un tinte amarillento y un aspecto lánguido, seguro precursor de su cercano fin, mien-

tras las escabiosas violetas tornaban a florecer al borde de los caminos, más pequeñas que antes, sobre tallos más largos. Llegaron, por fin, los últimos días del mes de Agosto, y un primer barco islandés se presentó una tarde a la vista a la altura de la punta de Pors-Even. Comenzaba la fiesta del regreso.

Era el *Samuel-Aiténide*; el primero en regresar todos los años.

—Es seguro—decía el padre de Juan—que la *Leopoldina* no se hará esperar. Conozco lo que pasa; cuando uno da la señal de la partida, los otros no pueden estarse tranquilos.

Volvían, pues, los barcos que habían salido a la pesca de Islandia. Al siguiente día de la llegada del *Samuel*, entraron otros dos barcos, cuatro un día después, y doce en la semana que siguió a aquella. Con ellos volvía la alegría a todo el país, y había fiesta y regocijo en casa de las esposas y de las madres; fiesta también en las tabernas, donde las hermosas muchachas paimpolesas servían de beber a los pescadores.

La *Leopoldina* figuraba entre los que tardaban, que eran en número de diez, los cuales eran aguardados de un día a otro. Gaud se sumía en esa deliciosa embriaguez de la esperanza de una dicha cercana, y todo se le volvía limpiar y arreglar las cosas, para que la casa estuviera reluciente y en orden a la deseada llegada del ausente.

Tres barcos más hicieron su entrada en la rada, de los diez que se estaban esperando todavía, y dos días después, fondearon juntos otros cinco. Faltaban dos solamente.

—Vamos, Gaud—le decían viendo las gentes—este año, ó la *Leopoldina* ó la *Maria Juana* van a ser las encargadas de barrer el camino de la vuelta.

Y Gaud también se refa, más animada y más linda en la alegría que veía tan inmediata.

XXXVII



¿Acaso no sucedida lo mismo todos los años? Y luego; y unos barcos tan hermosos, tripulados por tan buenos marinos!

Pero cuando entraba en su casa, llegada la noche, no podía reprimir ciertos estremecimientos de ansiedad y de angustia.

ban pasando días.

Gaud continuaba esmerándose cotidianamente en su tocado, hablando alegremente con las personas conocidas, yendo cada día al puerto para ver si se tenía noticia de aquellos dos barcos. Ella encontraba natural la tardanza. ¿Qué!

Pero en fin, ¿de qué se sobrecojía? ¿Había motivo para alarmarse?

Margarita se asustaba de tener miedo....

**

El 10 de Septiembre.... ¡Con qué rapidez pasaban los días!

Una mañana en que había ya una bruma fría sobre la tierra, el sol naciente la encontró sentada bajo el pórtico de la capilla de los naufragados, en el sitio adonde van a llorar las viudas: sus ojos estaban fijos, y sentía sus sienes oprimidas como por un anillo de hierro.

Dos días hacía que el alba se levantaba velada por tristes brumas, y aquella impresión del invierno.... ¿Qué tenían aquel día, aquella hora, aquel minuto, más que los precedentes?... Se ven barcos que tardan quince días, un mes más de lo que se había previsto.

Pero sin darse bien cuenta, por un movimiento irresistible, había encaminado sus pasos al pórtico de la capilla que guardaba la memoria de los muertos.

Donde quiera que dirigía sus ojos, divisaban éstos las fúnebres inscripciones de las paredes....

*A la memoria de
GAOS (Ivon), perdido en el mar
cerca de Norden-Fiord....*

En esto, una gran ráfaga de viento que se levantó del mar, hizo rodar con un ruido siniestro las hojas secas de los añosos árboles que rodeaban la capilla. ¡Parecía el anuncio del invierno!

Gaud seguía leyendo maquinalmente:

.....cerca de Norden-Fiord
en el huracán del 4 al 5 de Agosto de 1880

Otras ráfagas siguieron, que arrastraban nuevos montones de hojas marchitas hasta el interior del pórtico, como si el viento del Oeste, que había sembrado aquellos muertos sobre el mar, quisiera saciar su furia en las lúgubres inscripciones que recordaban sus nombres a los vivos.

Margarita contemplaba con involuntaria persistencia un sitio vacío, sobre el muro, que parecía aguardar una nueva lápida.... Era aquella una obsesión terrible, que en vano luchaba por desear.

Y, a pesar suyo, seguía leyendo el fríste letrero.

.....del 4 al 5 de Agosto de 1880,
a la edad de 23 años.

¡Descanse en paz!

La Islandia se le parecía con el pequeño cementerio que Juan le describió antes de su partida: la Islandia lejana, desolada, débilmente iluminada como desde abajo, por el sol del Mediodía.

....Y de pronto, siempre en aquel mismo sitio vacío del muro que ya había atraído su mirada con su fatídico aspecto, tuvo con una claridad horrible la visión de la lápida nueva en que momentos antes había pensado: una lápida flamante, con una calavera y los huesos en cruz, y en el centro un nombre; el nombre adorado: *¡Juan Gaos!*

....Entonces se puso en pie, como movida por un resorte, arrojando un grito estridente como una loca.

Allá fuera, la bruma gris de la mañana continuaba extendida sobre la tierra, y las hojas muertas seguían haciendo irrupción bajo el pórtico, ejecutando fantásticas danzas a impulsos del viento.

De pronto, Gaud sintió pasos en el sendero que conducía a la capilla. Entonces se levantó, reparó en un momento el desorden de su tocado, y trató de serenar su fisonomía. Los pasos se aproximaban. La joven hizo un esfuerzo sobrehumano para afectar el aire de una persona que estaba por pura casualidad en aquel triste sitio, no queriendo por nada del mundo que la tomaran por la viuda de un naufrago.

La que se acercaba era precisamente Fante Fleury, la mujer del segundo de la *Leopoldina*. Fante comprendió en seguida a qué había ido allí Margarita; era inútil fingir con ella. Las dos mujeres permanecieron mudas, al encontrarse en presencia la una de la otra, cada cual más asustada que antes; casi encolezadas de encontrarse allí juntas en un mismo sentimiento de terror.

—Todos los pescadores de Tregnier y de Saint-Brieuc han regresado hace ya ocho días—dijo Fante por fin, con voz sorda y como irritada.

Continuará.